GLORIAS XEREZANAS

R. 143.431

I
BC
628

GLORIAS XEREZANAS.

Romances Históricos

POR

M. Bellido González

Precedidos de un prólogo del distinguido catedrático D. Antonio Roma, y de unos apuntes históricos de Xerez, escritos en 1894 por el malogrado Archivero de esta ciudad D. Agustín Muñoz y Gómez.

EDICIÓN DE 1.000 EJEMPLARES

Hecha por el Excmo. Ayuntamiento, para servir de premio á los niños de las Escuelas públicas de Xerez.

JEREZ:
Tipografía del Excmo. Ayuntamiento
1906.

Es propiedad deautor.

DEDICATORIA

Á LA M. N. Y M. L. CIUDAD
DE XEREZ DE LA FRONTERA.

Gloria majorum, posteris lumen.

C. Salustio.

A tí, gloriosísima ciudad, entre cuyo polvo reposan las cenizas venerandas de mis padres, y bajo cuyo cielo esplendoroso sentí los primeros halagos de la vida, á tí dedico esta pobrísima ofrenda, nacida de lo más hondo del corazón y repleta de verdadero y filial cariño.

No mueven mi tosca pluma la necia pretensión de aspirar á los elogios del presente, ni mucho menos á los más imparciales y justos de la posteridad, como premio á estos humildes cantos, que me inspiran tus grandezas pasadas; muy otro es mi noble propósito: el que tus hijos conozcan las imponderables excelencias de tu preclara Historia, el esfuerzo abnegado de sus antecesores, y el puesto envidiable que en las pasadas centurias alcanzaste en el concierto de los pueblos que disputaron heroicamente el invadi-

do territorio á los *menguados hijos* del Profeta.

Así, que al encerrar en el clásico romance castellano algunos de los más heroicos hechos de nuestros progenitores, ha sido mi único deseo vulgarizarlos, hacerlos descender desde el obscuro y empolvado rincón del olvidado archivo, á las amplias y ventiladas llanuras del pueblo, donde se forja la vida con la efervescencia del trabajo, y se cree, se aguarda en las tentadoras promesas del porvenir.

Ningún vehículo más adecuado para llevar esos retazos épicos á la imaginación popular, que el armonioso, el castizo romance, alma de la poesía española y guardador de nuestras más caballerescas y gloriosas hazañas.

Por ello, fiado en la acción divulgadora del popular romance, he pedido todas sus mermadas energías á mi voluntad y todas sus potencias creadoras á mi estéril fantasía, para acometer con fruto la ardua empresa de comenzar, siquiera, con estos *Romances históricos*, el futuro y glorioso *Romancero xerezano*, que ha de encerrar como arca bendecida el sagrado depósito de nuestras inmortales glorias; reliquias venerandas que deben llenar de legítimo orgullo el corazón de todo buen xerezano, y servir de podero-

so estímulo, tanto á la presente como á las generaciones venideras, para honrar dignamente el bendito suelo de nuestro invicta ciudad.

*
* *

Ese es mi anhelo más fervoroso al dedicar hoy este pobrísimo homenaje á Xerez, á la ciudad de esclarecida Historia, muchas de cuyas páginas fueron escritas con la propia sangre de sus heroicos hijos; á la ciudad predilecta de aquellos ilustres Monarcas que se llamaron el Santo, el Sabio, el Bravo, el Emplazado, el Justiciero, etc., quienes la honraron con tan preferentes distinciones, que cumplidamente justifican el afecto señaladísimo que la profesaban.

Nada prueba de modo más elocuente las afirmaciones sentadas, relativas á la cariñosa predilección que sentían dichos Monarcas por su «amada villa de Xerez» como afectuosamente la llamaba Alonso el Sabio (1),

---

(1) Este ilustre Monarca fué quien dió á Xerez su escudo en 1255, confirmándolo en 1264.

Consta dicho escudo de cuatro castillos de oro en campo rojo, cuatro leones rojos en campo de plata y olas azules en campo de plata.

Su símbolo heráldico es: «Que los xerezanos debían »ser fuertes como castillos y bravos como leones; y co»mo las olas de la mar combaten la playa en continuo »movimiento, así ellos debían combatir la chusma mo»risca, sin tregua ni descanso, como siempre lo hicie»ron.»

que el hecho *significativo de haber* asignado este ilustre Rey á Xerez, á raíz de la reconquista en 1264, 300 caballeros para poblarla, y sin embargo, á Cádiz y Sevilla no concedió más que 200 á cada una.

A tal altura habían llegado en esta época los prestigios guerreros de Xerez, que además de enviarle el Sabio Monarca los 40 caballeros del feudo para la custodia de las Puertas de la ciudad, y establecido en ella el Adelantado Mayor de la Frontera, equivalente á nuestros capitanes generales de hoy, remitió los mil caballeros de la Mesnada.

Si á esto se agrega el considerable número de Mercedes, Franquezas y Privilegios concedidos hasta nuestros días, que ascienden á la respetable suma de 423 (1), no cabe dudar de la estima en que tuvieron á esta ciudad sus Monarcas, ya por su importancia militar, ya por su situación topográfica y casi frontera al Estrecho, ya por la inmen-

(1) Según el *Prontuario*, debido á la paciente labor de mi llorado amigo y competente Archivero que fué de este Ayuntamiento, D. Agustín Muñoz y Gómez (q. D. h.)

Dicho *Prontuario* obra inédito en mi poder por falta de patriotismo, al que he recurrido en vano con repetidas y calurosas instancias.

De igual triste suerte *goza* el curiosísimo y muchas veces públicamente elogiado libro, titulado *Epigrafía Xerezana*.

sidad de su fecundo y bellísimo territorio, ó ya por todas estas circunstancias juntas; es lo cierto, que siempre ha merecido ser colocada al lado de las más ilustres y esforzadas ciudades de España.

¿Qué prueba más fehaciente y honrosa de su acendrado patriotismo y meritísima bizarría, que la de haber obtenido un privilegio de Enrique IV en 9 de Julio de 1465, presentado en Cabildo por el ilustre caballero xerezano D. Juan Riquelme, y en el cual privilegio *se exime para siempre jamás á los vecinos de Xerez de toda clase de empréstitos y pedidos por sus grandes servicios en la guerra contra los moros;* gracia singularísima que hace exclamar á nuestro gran historiador Juan de Spínola: «que en ningún tiempo ninguna ciudad de España había disfrutado tan excepcional privilegio?»

Tanto fué el renombre por Xerez conquistado en el transcurso de los tiempos, que á muchos pareció exagerado; de ello nos da testimonio la visita que en 4 de Junio de 1491, hizo á nuestra ciudad el célebre historiador *Gratia Dei,* con el solo objeto de comprobar por sí mismo la verdad por todos reconocida de su riqueza prodigiosa y de su fama.

En todas sus excelencias ponderadas y particularmente en su hidalguía y hazaño-

sas proezas, unánimes convienen cuantos de sus grandiosas tradiciones se han ocupado.

Por no pecar de prolijo, citaré solamente las palabras del insigne panegirista de nuestras glorias D. Manuel de Bertemati, en su inestimable obra *Las Historias y los Historiadoŕes de Jerez de la Frontera*: «Rico en »hazañas y en grandes acciones, el pueblo je»rezano desdeñaría ocuparse en su narra»ción si la verdad histórica y la justicia que »debe á sus mayores no condenaran su si»lencio. En esta frontera donde se vivía pa»ra pelear y se peleaba para vivir, fué des»tino de nuestros guerreros el distinguirse »en las grandes ocasiones por esfuerzos indi»viduales, que provocaron la emulación de »sus coetáneos y son el orgullo de sus des»cendientes.» (p. 154.)

*
* *

No quiero dar por terminada esta mal perjeñada *Dedicatoria*, sin antes copiar por creerlo oportuno, el fragmento de un romance que conservo inédito, y que en obsequio á Xerez escribí en cierta memorable ocasión, como pálido trasunto del hondo afecto que guardo y conservaré mientras viva, á este suelo en que deseo dormir el eterno sueño de la muerte:

Lo mismo el bajo pechero
que quien blasones ostenta,
el que viste la coguya
y el que se calza la espuela;
todos á una reconocen
que es Xerez de la frontera,
por su famosa campiña
tan fecunda como extensa,
por lo hermoso de su cielo,
por la gracia de sus hembras,
por lo grande de su Historia,
que de esplendores la llenan
tantas gloriosas conquistas
como insólitas proezas;
por su lealtad sin tacha,
por la bravura y nobleza
de sus valerosos hijos
en los lances de la guerra;
amantes de la justicia
por lo imparcial y lo recta,
tan esclavos del honor
como altivos en la afrenta;
estando al igual dispuestos
sin ampulosa soberbia,
á castigar las audacias
y á perdonar las ofensas;
que es Xerez por todo ello
y mucho que no se cuenta,
orgullo de los de casa
y envidia de los de fuera.

*
* *

No es extraño, por consiguiente, que dado mi filial cuanto profundo cariño á esta población, exprima hasta la tortura mi esquilmado cerebro, para convertir su escaso fósforo en ardorosas alabanzas; contribuyendo con la acción eficaz de la publicación de sus grandezas imponderables, á fomentar el verdadero patriotismo, no el externo superficial y aparatoso, sino el que arraigando en el corazón brota con exuberante lozanía, siendo capaz de las más arriesgadas empresas y abnegados sacrificios.

Ese patriotismo sano y hondo, necesita para robustecerse el claro conocimiento de las grandezas innúmeras de nuestro solar ilustre; originando esa íntima satisfacción, ese amor tan profundo hacia esta tierra xerezana, que nos haga exclamar convencidos y orgullosos de nuestra inmortal ejecutoria: *¡xerezanos somos!* á semejanza de aquellos que al pasear triunfantes por el orbe las águilas romanas, ostentaron como el más alto timbre de dominación y poderío, como la síntesis de todos los prestigios y honores, el nombre de *ciudadanos romanos; civis sum romanus*, que repetían enorgullecidos de tener por madre á la señora del mundo.

Por ello, debe procurarse que legado tan

inestimable y glorioso, lleve sus fecundos gérmenes hasta las últimas capas sociales, y sean de todos conocidas y amadas cual se merecen sus inmortales glorias, que quien bien ama á su pueblo, á esa *patria chica*, tan encarecida y ensalzada por eminentes escritores, no puede por menos que amar á la patria grande, á esa que uniéndonos con estrechísimos vínculos en una gran familia, nos llama á sus hijos con el bendecido nombre de españoles.

*
* *

A esa *patria chica*, por ser los hechos referidos en estos *Romances*, de su particular pertenencia, dedico esta prueba inequívoca de mi acendrado afecto, siempre temeroso de que sean tan débiles los acentos con que lo exprese que no alcancen á sus maternales oídos, ni enciendan en el corazón de sus amantes hijos el fuego generoso del amor patrio.

M. Bellido.

Jerez: Mayo de 1906.

PRÓLOGO

Con delectación inenarrable hemos aportado nuestro concurso modestísimo á la patriótica idea de erigir un hermoso monumento á las jerezanas glorias, más perenne que los bronces y los mármoles, insensible en absoluto á la acción demoledora de los siglos; baste esta consideración para significar con cuánto entusiasmo asociamos nuestro nombre humilde á este libro meritísimo que, enriquecido con futuras creaciones del mismo eximio vate y con las de otros varios poetas ilustres, constituirá un día el ROMANCERO XEREZANO.

Nuestro objeto, al trazar las presentes líneas, no es discurrir sobre el incuestionable mérito y bellezas innúmeras de los magníficos cantos que á las inmarcesibles glorias de esta tierra generosa consagra uno de sus hijos más preclaros, ya que en las columnas del ilustrado GUADALETE *hemos dado público testimonio de la admiración sincera que sentimos hacia tan excelsas producciones; nuestra mi-*

sión se reduce á exponer sucintamente, sin pretensiones de ningún género, la finalidad que se persigue, que es la patriótica de popularizar la brillante historia de esta ciudad famosa, la de difundir el conocimiento de sus glorias entre todas las clases sociales, y, muy principalmente, la de sembrar en el tierno corazón de la niñez el afecto y amor acrisolados al venerando suelo nativo, para que tan puros sentimientos se conviertan gradualmente en veneración acendrada á la santa Patria de todos los que nos enorgullecemos con el nombre de españoles.

Nuestros plácemes más calurosos á la Excma. Corporación Municipal, y particularmente á la dignísima personalidad que la preside, Excmo. Sr. D. Julio González Hontoria, por su levantada decisión de publicar estos RETAZOS ÉPICOS, *como los llama su autor con suma propiedad, guardadores de hechos legendarios que pregonan la grandeza heroica de esta ciudad, objeto constante de los cantos, de los estudios y de las investigaciones de nuestro amigo queridísimo y compañero distinguido, Sr. D. Manuel Bellido y González.*

No hemos de terminar este desabrido prefacio sin rendir las más afectuosas gracias á cuantas personalidades han manifestado sus simpatías por la publicación de este libro, y especialmente al docto Presidente del Ateneo

Científico, Literario y Artístico, Sr. D. Agustín de Endovilla Durán, y á nuestros queridos compañeros D. Antonio Lora Chaves y D. Juan Rubio Carretero, por el entusiasmo con que, accediendo á nuestro ruego, han realizado las oportunas gestiones para tan laudable objeto.

Libros como el presente, han de colmar de gozo el corazón de todo buen patriota. Contribuyamos todos á disipar el pesimismo, abramos nuestros corazones á la esperanza, que España resurgirá potente y rica si dirigimos nuestras miras á la educación de la niñez, si encaminamos nuestros esfuerzos á la formación de una juventud más culta, si no olvidamos que la tan suspirada regeneración ha de buscarse en la Escuela.

Antonio Roma y Rubies.

BREVES APUNTES HISTÓRICOS

DE

XEREZ DE LA FRONTERA

Pertinente y aun metódico nos parece, que á modo de noticia indispensable y previa, vayan precedidos los *Romances* puestos á continuación, siquiera de un brevísimo resumen histórico de nuestra ciudad.

Ninguno que intentemos hacer, llena más cumplidamente esta importante misión, que el escrito en el año de 1894 por nuestro inolvidable amigo el erudito y competente Archivero que fué de este Municipio D. Agustín Muñoz y Gómez (q. D. h.), cuya autoridad en materias históricas locales es por todos reconocida.

*
* *

«Es Xerez una de las ciudades más importantes y considerables de España, tanto por lo feraz de su terreno, como por su vasto término de 46 1[2 leguas, ó sea una extensión de 314.000 aranzadas, que equivalen

á 140.462 hectáreas. Su término linda con el de los pueblos siguientes: Puerto de Santa María, Puerto Real, Medina Sidonia, Paterna, Alcalá de los Gazules, Cortes, Ubrique, Algar, Arcos, Lebrija, Trebujena del Campo y Sanlúcar de Barrameda, dato éste rarísimo, tratándose de un solo pueblo, y muy digno de ser conocido; no obstante su singularidad, no ha sido consignado hasta ahora en ninguna reseña xerezana, pues todas las consultadas se limitan á decir un lindero, de otra población, por cada viento. El territorio, pues, de Xerez comprende casi el de una provincia; la menor de España es Guipúzcoa, con la extensión de 52 leguas, y ésta tiene con la de Xerez la diferencia de 5 1[2 más, solamente.

Su situación á los 36° 41' y 45'' latitud y 2° 25' 20'' de longitud, contados por el meridiano de Madrid, y por tanto al N. E. de la capital de la provincia, la hace disfrutar de un clima sanísimo, y muy templado en las estaciones extremas.

La fundación de este pueblo se contrae á tan lejana época, que no es posible discernir con certeza sobre ello. Siguiendo al P. Rallón, repútanla muchos como la heredera de *Hasta Regia*, colonia griega fundada unos XIV siglos antes de J. C.; de que hacen grandes elogios, por su importancia,

Estrabón y Plinio, y cuyas ruinas se conservan hoy soterradas en nuestro término, á 2 leguas de la ciudad y sitio de la Mesa de *Hasta*. Pero la opinión más probable y fundada, según el parecer de eruditos investigadores y arqueólogos y anticuarios, es que sea la antigua *Ceret*, población romana que existió en la Bética Turdetana, y de la que se han encontrado muchas monedas en la plaza del *Mercado* y otros sitios de esta ciudad. Algunos, sin embargo, entre ellos el ilustrado escritor D. Manuel de Bertemati, se inclinan á juzgarla como la sucesora de *Xera*, ciudad cercana al Estrecho de Hércules, citada por los historiadores Theopompo y Estéfano de Bizancio, pero sus ruinas se asientan donde hoy se halla *Torre-Cera*, predio rústico de este término, como sostienen otros escritores que tratan de este complejo asunto.

En tiempo de los Godos, llevó dicho nombre de *Ceret* ó *Ceritium*: en las crónicas de fines del período gótico, aparece citada con dichos nombres al hablarse de la memorable batalla llamada del *Guadalete*, en que sucumbió el Rey Rodrigo con la dominación goda, el año 711 de nuestra Era (que otros dicen fué el 714). Hoy se discute mucho este caso, siendo muy común la opinión entre serios historiadores, de que la batalla

se dió junto á la *laguna de la Janda* y cerca del río Barbate, término de Vejer de la Frontera. En sellos antiguos del siglo XVI, que se conservan en el Archivo Capitular, se lee el nombre de *Xiriciі*, derivado, como se ve, del *Ceritium* ó *Xeritium* de los Godos.

Conquistada por los árabes en dicha fecha, fué de ellos muy estimada, citándose en las crónicas arábigas que corresponden á nuestro año de 744, como habitada por las tribus palestinas, que al territorio de Medina destinó el Emir Ebn-Dirar.

Entre los gobernadores árabes de Xerez, se mencionan como personas ilustres á *Mohamad*, conocido por *Ebn Mocasir*, profesor de Retórica y Derecho en Valencia, su patria, el cual murió en Xerez el año 603 de la hegira; á *Abul-Camar* de la alcurnia de los *Aben-Gamias*, á *Abul-Hamri*, prefecto también de Arcos, y á otros alcaides y walíes de notoria fama, tales como *Aben-Ubeit*, su postrer reyezuelo.

Fué conquistada por Fernando III el Santo en 1251, quedando como tributaria suya. Perdida de nuevo, reconquistóla en 1255 su hijo D. Alonso el Sabio, dejándola también como tributaria, con la guarnición de 100 caballos al mando del célebre *Garci Gómez Carrillo*, progenitor de los Condes

de Priego. Pero sublevados los moros en 1261, tuvo lugar en el alcázar xerezano la memorable defensa de dicho *Garci Gómez* y de su alférez *Fortún de Torres*. Éste sucumbió mutilado horriblemente, mas sosteniendo en sus labios los últimos girones de la bandera que llevaba: aquél, cogido prisionero de los moros, por medio de garfios, curado fué por ellos, llenos de admiración; y devuelto al rey castellano, fué luego premiado con insignes honras, entre ellas la de casar con la Infanta D.ª Urraca, prima de D. Alonso el *Sabio*, y ser nombrado en 1270 *Alcalde de los Fijosdalgos de Castilla*, según consta de la historia de los *Marqueses de Trocifal*, sus descendientes. No murió, pues, en 1261, como consignan algunas crónicas locales y ciertas historias generales, que desconocen dicha genealogía.

Volvió á recuperar la ciudad en 1264 (el 9 de Octubre), D. Alonso el *Sabio*, y entonces dejó en ella 300 hidalgos, al mando de Alvar Fáñez, que quedó nombrado Frontero y Alcaide del Alcázar, con el gobierno militar. Para lo civil nombró D. Alonso dos alcaides y seis jurados, con un justicia ó alguacil: los jurados correspondían á las seis parroquias, en que se convirtieron las seis mezquitas mayores, elevando la más

principal á la categoría de Colegiata, con un Abad para su régimen y dirección.

Concedióle D. Alonso multitud de privilegios y franquicias, que constan de las historias de la ciudad. En 1268 celebró Cortes en Xerez, dándole en ellas voto, que luego le quitó Carlos I.

Agradecidos los xerezanos á tantas mercedes, defendieron siempre heroicamente la ciudad, demostrando eran dignos del simbólico escudo que el Rey les otorgara, consistente en las olas del mar, orladas de castillos y leones, para significarles que fueran *bravos* como *leones, fuertes* como *castillos*, y estuvieran en perpetua guerra contra los infieles, *como las ondas del mar la tienen en la playa.*

Ocupan tantas páginas los hechos xerezanos, que es imposible relatarlos en estos ligeros apuntes. Entre los más notables guerreros de la Reconquista, se citan á Beltrán Riquelme, Mateo de Avila, *Ferrant de Mendoza*, Gonzalo Mateos *el de los Buenos Fijuelos*, y *Fernant Núñez de Avila*, ganador del pendón de Tempul, que luego puso en su escudo.

En 1285 distinguiéronse por su heroicidad *Domingo Mateos de Amaya* y Gonzalo Núñez de Villavicencio, que se rompieron las venas, para escribir á Sancho el *Bravo* el

estrechísimo cerco de *Aben-Jusuf* y la horrible y desesperada situación de la ciudad.

En 1291 brilló, como valeroso guerrero, en los campos de Tarifa, *Garci Pérez de Burgos*, progenitor de los *Rendones* de Xerez, á quien premió Sancho IV con uno de los privilegios más honrosos de España.

Muy celebrados, también, fueron los hijos de Xerez en las batallas de Majaceite, donde fué hecho prisionero el Rey de Algeciras, año de 1314; la de Matanza y Matanzuela, llamada de los *Cueros*, que tuvo lugar en 1325, y desde cuya fecha data la hermandad de Xerez y Córdoba; la de los Llanos de Aína, acaecida en 1339 y que inmortaliza la acción de *Diego Fernández de Herrera;* y en otros acontecimientos militares, de que obtuvieron inolvidables triunfos para el brillo de su nombre y grandes premios de Alonso XI; especialmente en la batalla del Salado (1340) en que ganó el pendón morisco *Aparicio Gaitán*, caballero de Xerez, en unión de Juan de Guevara, que lo era de Lorca.

En 1350 murió de peste en el cerco de Gibraltar el insigne monarca D. Alfonso XI, predilecto de los Xerezanos, y sus intestinos se enterraron en el Alcázar de Xerez, al pasar su cadáver con dirección á Sevilla, siendo embalsamado en esta ciudad.

El hecho más notable en tiempos de D. Pedro I es el fallecimiento de doña Blanca de Borbón, su esposa, envenenada de su orden por Juan Pérez de Rebolledo, ballestero del Rey, de la guarnición de Xerez. Dícese por unos que murió en el castillo de *Sidueña;* otros afirman que en el *Alcázar de Xerez,* y varios aseguran sucumbió en *Medina Sidonia;* habiendo inscripciones alusivas al caso primero y último, contradictorias entre sí. Las pruebas se inclinan en favor de Xerez, pues de un privilegio de la Reina Católica en favor de Alonso Pérez de Vargas (Xerez, 10 Agosto 1483), consta que donó al mismo el enterramiento de dicha infeliz princesa, existente en el convento de San Francisco de Xerez, *con todas las menciones y facultades que el convento y frailes dieron á la dicha Reina D.ª Blanca que Dios haya.* Dicho privilegio, inédito hasta ahora poco, lo traen Bartolomé Gutiérrez y Mesa Xinete, y existe original en el archivo de los Sres. Marqueses de Campo Real, descendientes de los Pérez de Vargas. Es evidente por tanto, que D.ª Blanca murió *estando presa en Xerez,* pues no puede suponerse que, estándolo en Medina, mandase contratar con los frailes de Xerez *las menciones y facultades para su sepelio.*

Durante los reinados de D. Pedro y D. En-

rique su hermano, se dieron en término de Xerez las batallas del Sotillo (1367), donde luego se fundó el monasterio de la Cartuja en 1476, y las de Jigonza y Valhermoso; ésta perpetuada en un título nobiliario, que todavía subsiste.

En 12 de Junio de 1379 juróse en Xerez al Rey D. Juan I; en su reinado, creciendo la importancia de Xerez, diósele el cognomen de *Frontera* por Real Cédula, fechada en Sevilla á 22 de Abril de 1380, si bien ya se lo dió D. Alonso el Sabio en cartas por él expedidas.

En 1394 vino á Xerez el primer Corregidor, llamado D. Martín Fernández de Portocarrero, célebre por sus crueldades. Este cargo lo creó el monarca D. Enrique III, hijo de D. Juan I.

Es también hecho notable en los xericienses anales, la batalla de Redira, dada junto á la mesa de Benalú en 1389, por el gran botín y número de cautivos que lograron los xerezanos.

Igualmente son famosos, de los tiempos de D. Juan II (que empezó á reinar en 1407), las valerosas proezas del Alcaide de Zahara (1408), el caudillo xerezano *Alonso Fernández de Melgarejo* y la hazaña de los cuatro Juanes, llamados *Juan García Picazo, Juan Fernández de Herrera, Juan Fer-*

nández Catalán y *Juan Sánchez de Cuenca;* que en el camino de Zahara, vencieron á 27 moros, junto al arroyo de Comares; la batalla del Rancho (1425), en que fueron sinnúmero los cautivos, y la destrucción de la villa de Patria, cercana á Vejer, la toma de Jimena, asaltada heroicamente por los xerezanos en 1438, en la que se portó heroicamente el Alférez mayor *Francisco López de Grajales*. También ayudaron los xerezanos en este reinado á la conquista de Antequera.

D. Enrique IV distinguió á Xerez con los títulos de *Muy Noble y Muy Leal Ciudad* por cédula de 6 de Septiembre de 1465: y por otra de 1469 se creó en Xerez una *chancillería* ó juzgado de apelación, cuyo primer juez fué Agustín de Spínola.

También este Rey hizo la merced á Xerez, de que sus Regidores se titulasen *Veinticuatros*, como los de Sevilla, por R. Cédula de 15 de Julio de 1465.

Los Reyes Católicos vinieron á Xerez en dos ocasiones: la primera en Octubre de 1477; entonces fué cuando el noble caballero *D. García Dávila*, en la puerta de la Iglesia de Santiago salió á pedirles el juramento de guardar y respetar los fueros y franquicias de Xerez, lo cual otorgaron los Reyes; la segunda en 1483, por el mes de

Agosto, cuando hizo la Reina D.ª Isabel la donación de la capilla y entierro de Doña Blanca de Borbón á su Continuo D. Alonso Pérez de Vargas, caballero xerezano.

En 1477 se mandó fundar la villa de Puerto Real en término de Xerez, para surgidero de las Naves del Rey, según Bartolomé Gutiérrez.

En 17 de Agosto de 1483 el Licenciado de la Fuente en nombre del Rey, hizo la formalidad de su fundación, demarcando la plaza, en que quedó levantada una horca en señal de jurisdicción. Por privilegio de 1488 se le concedió á Xerez la jurisdicción y señorío de dicha villa, confirmándose el privilegio por D. Felipe V en 25 de Octubre de 1701.

En 1490 dichos Reyes revisaron las leyes municipales y ordenanzas de la ciudad, mandando observar las establecidas por el Bachiller Rodríguez *Lillo* y Licenciado de la Fuente, pesquisidores que fueron en la población.

En este glorioso reinado se realizaron la conquista de *Melilla* y la adquisición de la *Gran Canaria,* por los valerosos capitanes xerezanos *Pedro de Estupiñán* y *Pedro de Vera,* muy favorecidos de los Reyes Católicos y del Duque de Medina Sidonia.

En la reconquista del Reino de Granada

brillaron también por su heroísmo las armas xerezanas, acompañando al Marqués de Cádiz en las tomas de Alhama y de Zahara, Cardela, Garciago y Montefrío.

Xerez, para la toma de la capital de dicho reino y para la fundación de Santa Fe, facilitó 1.200 hombres en esta forma: 200 caballos, 500 lanzas, 270 ballesteros y 100 espingarderos; 60 cavadores, 19 tapiadores, 10 carpinteros, 21 paleros, 10 albañiles y 10 picapedreros.

En premio de este contingente y tantos otros, suministrados por Xerez, sin negar jamás sus recursos de gentes y dinero á la Corona, los Reyes escribieron á la ciudad honrosísima carta, llamando á toda su nobleza, para que, como partícipes del trabajo, fuesen también á gozar los honores del triunfo: acrecentándole sus términos en la extensión que hoy disfruta, tanto por este heroico comportamiento, como por su eficaz ayuda para la conquista de Ronda en 1485 y la de Málaga en 1487.

Tantas glorias y singulares servicios nada valieron á Xerez en el reinado de los monarcas austriacos. Xerez, que se distinguió por su lealtad, y concurrió con su gente al cerco de Toledo, al frente de su valeroso Corregidor D. Pedro Manrique de Lara, para sofocar la rebelión de los Comuneros de Cas-

tilla, vió mermados sus privilegios, perdiendo entre ellos el de tener voto en Cortes, que sin consideración á sus méritos suprimió D. Carlos I.

En estos tiempos edificóse por los xerezanos el castillo de Matagorda para defensa de la costa de Cádiz (lo destruyeron los franceses en la guerra de la *Independencia*); el emperador D. Carlos I dió gracias á Xerez por ello, en carta de 1.º de Noviembre de 1534.

Asistió también Xerez con sus refuerzos á la gloriosísima batalla de Lepanto, citándose, como héroes dignos de inmortal memoria, por su valor en ella, los hermanos D. Juan y D. Bartolomé de Villavicencio, según consta de carta del mismo D. Juan de Austria, jefe de la expedición, á un hermano de los dichos capitanes, fecha en Mesina á 30 de Noviembre de 1571 (publicada en Xerez en 1886).

Antes de tener lugar la batalla de Lepanto, en 1569, vino á Xerez D. Juan de Austria, por lo cual hubo en la ciudad muchos festejos de toros, manejos, cañas, etc., quedando D. Juan muy complacido de la nobleza de Xerez.

Distinguióse también nuestra ciudad en 1596, con motivo del cerco y saqueo de Cádiz por los ingleses al frente de numerosa armada; Xerez llevó para su defensa cinco

compañías de infantería y 300 hombres de caballería. Señaláronse por su valor el Corregidor de Xerez D. Leonardo de Cos y los caballeros xerezanos D. Diego de Villavicencio y D. Esteban de Finojosa; éstos murieron en la refriega; aquél se escapó disfrazado. Sucumbieron también, víctimas de su celo por la Religión y la Patria, los ilustres xerezanos D. Pedro y D. Juan García de Cuenca, en cuyo honor se hizo información testifical en 1653, mandada pedir á esta ciudad, *como pueblo de su naturaleza*, por el rey D. Felipe IV.

La primera casa de comedias edificóse en Xerez en 1621, siendo Corregidor D. Fernando de Quesada; según noticias estuvo en la calle de la Cárcel (hoy Princesa), esquina á de Limones: en esta se conserva un resto del pórtico de dicho edificio.

En 1636, al crearse la Milicia de á caballo, Xerez organizó también su compañía, nombrando por su capitán á D. Agustín de Mexía y Villavicencio, que se había hecho famoso por sus proezas en Flandes y en Italia.

En 1648 solicitó la ciudad del rey D. Felipe IV la restitución del voto en Cortes y de otros privilegios, pero ningún resultado dieron sus gestiones; antes bien hubo propósito en años posteriores de quitarle los títulos

de *Muy Noble y Muy Leal*, porque venidos de tránsito á esta ciudad, en 1664, procedentes del Puerto de Santa María, 2.400 soldados alemanes, al mando del conde de Porcia, hubo una seria colisión entre ellos y los vecinos, muriendo 400 soldados tudescos, y con ellos su jefe, que fué enterrado en San Agustín. El rey mandó un delegado para averiguación de los hechos y severo castigo de los culpables.

Con motivo de la guerra de sucesión y para ayudar en ella al rey D. Felipe V, que fué jurado en Xerez en 7 de Diciembre de 1700, la ciudad dió tantos tributos, empréstitos y donativos, que quedó completamente empobrecida; por ello solicitó de S. M. que le aliviase en el pago de contribuciones, y el monarca, en vista de los señalados servicios de la ciudad y de lo justísimo de su petición, así lo concedió, confirmando todos sus privilegios y mercedes en 1701.

El 3 de Octubre de 1759 celebráronse en Xerez solemnes honras fúnebres por el alma de D. Fernando VI, fallecido en dicho año el 14 de Agosto, llamando la atención dicha función religiosa por su gran pompa y riqueza, y numerosa asistencia de fieles, lo cual prueba el aprecio y veneración para con tan excelente monarca.

En 1767 tuvo lugar en esta ciudad la ex-

pulsión de los Jesuitas, según lo ordenado por Carlos III. Xerez fué designado como depósito general para albergar los procedentes de esta provincia y los de la de Sevilla.

En 1787 tomó posesión del cargo de Corregidor D. José de Eguiluz, célebre por sus reformas en la policía urbana de la ciudad; á él se debe la obra de la *Alameda Vieja*, hoy *Fortún de Torres*.

En 1796 visitaron á Xerez Carlos IV y su corte, permaneciendo aquí algunos días en el Alcázar.

En 1800 causó la fiebre amarilla tantos extragos en Xerez, que según datos de un diario de la época, llegaron las víctimas á la horrorosa cifra de *20.000 almas*, habiendo días de morir unas *300* personas. Dicha epidemia repitióse en 1804, aunque con menos rigor.

José Bonaparte, rey intruso de España, vino á Jerez, en 10 de Febrero de 1810, y se hospedó en la calle de Francos, casa hoy número 30, del Sr. Marqués de los Álamos. Los franceses entraron en Jerez el 4 de dicho mes, y se fueron el 26 de Agosto de 1812, dejando la ciudad tan exhausta y saqueada, que admira el número de contribuciones y suministros que exigieron á la ciudad los ejércitos imperiales.

Fernando VII visitó también esta ciudad en Octubre de 1820.

El año de 1842 es glorioso para Xerez, por haberse elevado á Instituto local su Colegio de San Juan Bautista, fundado en 1838 por D. Juan Sánchez. Desde 1857 goza las prerrogativas de Instituto Provincial.

En 1852 se comenzó la línea férrea de Jerez al Trocadero; una de las primeras de España *(la tercera)*, abriéndose á la explotación en Junío de 1854, con gran regocijo de la población y ciudades comarcanas, como consta de la *Gaceta de Madrid*.

Esta línea, cuya concesión fué hecha al Sr. D. Luis Díez, se construyó merced al patriotismo de la Junta Directiva de la Empresa que se constituyó, presidida por el insigne patricio D. Rafael Rivero y por los dignos señores D. Pedro López Ruiz, don Julián Pemartín, D. Simón de la Sierra, don Manuel Domecq, D. Juan de Dios Lasanta, D. Pedro Pascual Vela, D. Luis A. Coma, don José de Abarzuza, D. Julián López y don Luis Díez.

En 1860 se expidió en favor de Xerez un honroso decreto, concediendo á su Ilma. Corporación Municipal el tratamiento de Excelencia. El de *Señoría* lo gozaba desde tiempos de Felipe III.

En 1862 vino á Xerez D.ª Isabel II; en el

propio año se inauguró el establecimiento benéfico de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, cuyos estatutos están aprobados por el Gobierno.

En 1868 se inauguró la feria de Caulina, siendo Corregidor el Sr. D. Manuel Vivanco.

También es memorable el año de 1869, por la inauguración de las *aguas de Tempul*, obra de Hidráulica, de alto mérito, que realizó el afamado y probo Ingeniero D. Angel Mayo, muerto prematuramente á causa de un descarrilamiento, en la provincia de León. Los festejos y regocijos populares habidos con motivo de esta bendición y acto oficial, consta en un precioso álbum de artículos y poesías, debidos á escritores jerezanos en su mayor parte.

La junta de Gobierno de la Empresa de las Aguas se compuso de los Sres. D. Rafael Rivero, D. Pedro López Ruiz, Sr. Marqués del Castillo, D. José A. de Agreda, D. Antonio Sánchez Romate, D. Justo de Goñi y Plou, D. Manuel de Bertemati y D. Julián Pemartín.

En 23 de Abril de 1873, se puso la primera piedra del Mercado Central de Abastos que hoy existe, terminando en Abril de 1885, bajo la acertada dirección del Arquitecto D. José Esteve y López, titular de esta ciudad: y en 19 de Marzo de 1890 se colocó

también la primera piedra del cuartel de Caballería, en el pago de Miraflores ó Picadueñas, siendo Alcalde D. Eduardo Freyre y Góngora, que falleció en el año de 1893, el día 6 de Septiembre, y cuyo celo é iniciativa dejaron perdurable memoria.

Por los datos arriba expuestos, y otros que en obsequio á la brevedad omitimos, especialmente los hechos ocurridos de pocos años á esta parte, pues están en memoria de todos, vese que siempre Xerez ha ocupado un lugar muy distinguido en la provincia y en la nación, por su riqueza é importancia, por el fecundo impulso que constantemente ha dado á toda empresa útil, patriótica y noble; por el valor y virtud de sus habitantes, y por la pléyade de ilustres hombres en ella nacidos, que honran las Armas y las Letras, y las Ciencias profanas y eclesiásticas.

*
* *

En el concepto estadístico, es de notar que ocupa el lugar segundo entre los pueblos de la provincia, siendo el número de sus habitantes por la población de hecho, 61.708 almas, y por la de derecho 58.421, de que son varones 29.504 y hembras 28.917, según el último censo de la población formado en 31 de Diciembre de 1887.

* *

Bajo el aspecto arquitectónico, es de las ciudades más dignas de ser visitadas por los que rinden culto á las Bellas Artes. Entre sus edificios eclesiásticos son de citar su elegante y magnífica iglesia de San Miguel, de la época de transición del estilo ojival terciario al del Renacimiento, restaurada por el dicho arquitecto Sr. Esteve y abierta de nuevo al culto en 1878: la de Santiago, notable por la gallardía de su construcción y severidad de su conjunto, obra también de fines del siglo XV, y en cuyo templo se conserva la delicada joya del *Coro de la Cartuja*, obra prodigiosa de talla, que es la admiración de propios y extraños: San Mateo, de atrevidísima nave gótica, con preciosa portada del Renacimiento en la capilla del Señor de las Penas: San Dionisio, notable por sus ajimeces *(hoy tapiados)* y puerta del Evangelio, de estilo mudejar, junto á la cual se halla la torre de la Atalaya, propia de la ciudad, de estilo mudejar también, y construida en el segundo tercio del siglo XV: San Marcos, que se distingue por la graciosa combinación de las nervosidades de sus bóvedas, y otras bellezas: San Juan de los Caballeros, con ábside mudejar, recientemente restaurado por el propio Sr. Ar-

quitecto, y que es una de las construcciones más raras de la ciudad, por su especial configuración y adornos que la enriquecen, siendo también dignas de mención en este templo, la *histórica capilla* de los Amayas y Villavicencios, que en 1285 escribieron en ella una carta á Sancho IV, con la sangre de sus venas; la capilla de *San José* que se acaba de restaurar primorosamente, á par de la contigua del *Sagrario*, y la escalera principal de su torre, objeto de elogios continuos por parte de los inteligentes, por la atrevida y segura disposición de sus piedras, colocadas á rosca y vuelta.

Debemos también incluir en esta nota la iglesia parroquial de San Lucas, bastardamente desfigurada, como San Dionisio, en el pasado siglo, perdiendo así las singulares bellezas de su primitiva construcción, de que aun quedan apreciables restos y detalles; y el bellísimo templo de monjas de *Espíritu Santo*, tesoro arquitectónico que honra á Xerez, y que escondido en la calle de su nombre, pasa desapercibido á los ojos de propios y extraños, siendo uno de los monumentos más notables de Xerez, por su portada del Renacimiento, tan clásica en sus detalles, como majestuosa en su conjunto.

Respeto á edificios profanos, figura en primer lugar el *Consistorio Viejo*, obra de-

licadísima de 1575, de los artistas xerezanos *Andrés de Ribera*, *Martín de Oliva* y *Bartolomé Sánchez*, en cuyo elogio los señores Madrazo y Parcerisa en sus *Recuerdos y bellezas de España*, aseguran ser una de las flores más delicadas de la arquitectura del Renacimiento.

Fuera de la ciudad son muy notables el Monasterio de la Cartuja, y su portada, ésta debida también al dicho arquitecto Andrés de Ribera, que la hizo en 1571.

De ellos hace también grandes alabanzas el Sr. D. Pedro de Madrazo, en su *Diario de Viaje*, editado en 1853. De entonces á la fecha se ha deteriorado tanto dicha construcción, por el punible y censurable abandono en que yace, que el día menos pensado lamentaremos su completa ruina. Desdoro y vergüenza para esta nación, tan indiferente á sus glorias, que así abandona monumentos muy preciados, creaciones un tiempo, de altos ideales, y hoy testigos venerandos de sus pasadas grandezas.

ROMANCE PRIMERO

FORTÚN DE TORRES [1]

(1261)

I.

Miradle, joven bizarro
de noble altiva presencia,
vástago de regia estirpe
que ilustres héroes recuerda,
empuña con firme mano
de Castilla la bandera,
que el Sabio rey le entregara (2)
de su lealtad en prueba,
y que él juró conservar
sin mancha ni torpe mengua,
pues el pendón y la honra
de caballero, tan cerca

(1) Este glorioso héroe xerezano, era Alférez Mayor del Alcázar y Caballero de Calatrava; descendía en línea recta de D. Fortún II, rey de Navarra.

(2) Fué primer Alcaide del Alcázar D. Nuño de Lara: Alférez Mayor, *Fortún de Torres*, y su teniente, Garci Gómez Carrillo; al Alférez fué á quien le hizo el Rey entrega del primer pendón enarbolado por los cristianos en esta regia fortaleza.

van de entonces en la vida,
que si aquél en lid perdiera,
sin sucumbir peleando
en su gloriosa defensa,
la vida en él quedaría
reducida á vil afrenta.
Por eso de la alta torre
el duro suelo golpea,
y ruge *cuando se asoma*
por entre la angosta almena,
al ver al infiel alarbe
que aun del Alcázar soberbia,
los inexpugnables muros
tenaz y obstinado cerca.
De traiciones alevosas
y de perfidias secretas,
que del torpe sarraceno
en el corazón fermentan
por muy distintos conductos
pero con viva insistencia,
á su vigilante oído
claras y seguras llegan;
y aunque siempre las celadas
son traidoras y perversas,
la pequeñez denunciando
del cobarde que las crea,
nunca en pecho generoso
que de sereno se precia
y se crece ante el peligro,
ni calor ni arraigo encuentran;

por el contrario, arrogante
y desdeñoso desprecia.

II.

Pero FORTÚN nada teme,
nada al caballero arredra;
antes bien, fía á su acero
la custodia de la enseña
orgullo del castellano,
de honor y fe santa prenda.
Mas siente ya que su pecho
lo devora la impaciencia,
y anhela con vivas ansias
que comience la pelea,
para probar sin demora
á los hijos del Profeta,
que si es de acero la espada
del castellano en la guerra,
también es de acero el brazo
que incansable la maneja.
Esto impaciente y altivo
FORTUN en silencio piensa,
oprimiendo contra el pecho
con mano crispada y férrea,
el envoltorio sagrado
de la castellana enseña.
Odio sanguinario siente
hacia raza tan perversa,
por su villana conducta
y su condición rastrera,

ya se trate de la paz
ante la forzosa tregua,
ó ya del convenio honroso
en la marcha de la guerra;
que en todo siempre descubre
su ruindad y su vileza,
porque el honor no conoce;
y en su pecho sólo alientan
estímulos y codicias
de tan mezquina bajeza,
que de apreciarlos, el rostro
le abrasara la vergüenza.
En sus ojos encendidos
que vivas ascuas semejan,
y con un rojizo velo
ardiente la sangre inyectan,
provocadora la ira
vibrante relampaguea,
y en saciar sus apetitos
de venganza, sólo sueña;
por ello el supremo instante
aguarda con impaciencia.

III.

Mas del patio del Alcázar
á la escueta torre llega
con claridad el barullo
que los espacios atruena,
de algo espantoso y temible
que con rapidez aumenta;

tan furioso es el estruendo
de las voces, que semeja,
de la mar alborotada
las convulsiones violentas.
En el estrecho recinto
de la tosca fortaleza,
FORTÚN se revuelve airado
cual encarcelada fiera,
y siente que le devoran
de la incertidumbre negra
los acerados mordiscos
y sus visiones siniestras.
Más que tan difícil trance
con afán ciego desea
verse frente al enemigo,
que tan prolongada espera
suele agotar sin provecho
el vigor y la paciencia.
El infernal vocerío
se oye cada vez más cerca;
y en conjunto abigarrado
se confunden y se mezclan
con la humana gritería,
algazara tan diversa
de amontonados ruidos,
de golpes y de carreras
que aunque son indescifrables
por lo vagos, se sospecha,
han de ser las que los mueven
causas graves y funestas.

El animoso FORTUN
suspenso un instante queda,
desencajados los ojos,
el sagaz oído alerta
y ante el enorme barullo
se rodobla su impaciencia,
una y mil veces cruzando
de una almena á la otra almena
cuando el pendón de repente
contra el corazón estrecha,
mientras la tajante espada
rápido toma en la diestra,
pues se oyen voces y gritos,
juramentos y blafemias,
el choque de los aceros,
el rumor de la refriega
y en tropel gente que sube
del torreón la escalera,
iracunda profiriendo
frases en extraña lengua.

IV.

No la invencible pujanza
del alud que al fondo rueda
del profundo abismo abierto
al pie de gigante sierra;
no el selvático coraje
que siente enjaulada fiera,
si agudo punzante hierro
sus carnes aguijonea,

se igualan á la bravura
ni á la viril resistencia
que opone FORTUN DE TORRES
á la morisma que llega.
Sed ardiente de venganza
en su pecho bulle ciega,
y del corazón valiente
suben cual rojas centellas,
las olas de hirviente sangre
que le abrasan la cabeza.
—¡Muerte! ¡Cobardes, traidores!
¡gentuza de vil ralea,
á mí llegad, miserables,
y os desgarraré las venas,
que quiero bañar mis manos
en la sangre sarracena!—
Dijo y blandiendo la espada
con denodada fiereza,
cada tajo es un muslime
que muerto en el suelo rueda,
cada maldición un palmo
que torna á la hispana tierra.
Mas el acero enemigo
terrible golpe le asesta,
sobre los nervudos brazos
que el pendón y espada llevan,
y cual desgajados troncos
palpitantes caen en tierra.
Entonces con los muñones
ensangrentados, la enseña,

de la invencible Castilla
contra el bravo pecho aprieta.
Inerme ya y mutilado
los moros en él se ceban
con crueldad inaudita
destrozándole ambas piernas,
pero arrebatar no pueden
de su cuerpo la bandera,
porque en él está clavada
cual si fuese en dura piedra.
Un nuevo golpe en los hombros
descarga una mano artera
y el noble pendón vacila
cual si caer pretendiera,
y FORTUN dando un rugido
como imprecación suprema,
levanta al cielo los ojos
reclamando nuevas fuerzas;
mas al ver que de su pecho
se separa la bandera
y que su vida se escapa
por las destrozadas venas,
hace un poderoso esfuerzo,
y arrojándose á la enseña,
entre sus hambrientos dientes
quedó fuertemente presa. (1)

(1) En un rapto de admiración suprema; exclama el P. Rallón al recordar el heroísmo de *Fortún de Torres* y *de García Gómez Carrillo*: «*Quisiera yo grabar sus »nombres en durísimo bronce, para gloria de mi patria y »eterna memoria de sus virtudes.*»

V.

Es fama que cuando fueron
á la vieja fortaleza
los bárbaros invasores
á posesionarse de ella,
aun los restos de FORTUN
encontraron con sorpresa
amontonados al pie
de una derribada almena,
Entre la angosta abertura
descansaba la cabeza,
y aun conservaba en la boca
girones de la bandera,
que el rey Sabio le entregó
de su lealtad en prenda.
El viento los agitaba
melancólico, y apenas
aquel fúnebre trofeo
besaba la frente yerta
del valeroso FORTUN
que en titánica refriega
vertió su española sangre
en su gloriosa defensa.

ROMANCE II.

GARCI-GÓMEZ CARRILLO. [1]

(1261)

I.

Sobre fogoso alazano
que al viento robó sus alas
y su ardor á los desiertos
arenosos de la Arabia,
no corre, vuela un *moslime*
de luenga cerdosa barba,
ceño adusto, ojos de fuego
y la color atezada.
Su blanco alquicel el aire
tras sí con empuje arrastra,
y en los anchurosos pliegues
rompe crujiente sus ráfagas;
y al agitarse violento
en ondas desordenadas
el lienzo blanco y flexible,
semeja gigante alas.

(1) La familia de este ilustre héroe, tenía sus solares en Cuenca; fué casado con D.ª Urraca hija del Infante de Molina, y es el progenitor de los condes de Priego, cuya villa le fué donada por el rey Sabio.

En su carrera, tan sólo
lleva por toda compaña,
la osbcuridad misteriosa
de la noche solitaria,
en el arzón corvo alfanje
y al cinto luciente daga.
Poco há cruzó los confines
de la tierra xerezana
y rápido *se encamina*
á la ciudad de Granada,
que lleva importantes nuevas
para el Señor de la Alhambra.
Va á decir á Mohamed,
(á quien dé Aláh vida larga,)
que pues que el rey Castellano
que el Sabio los suyos llaman,
sólo de Xerez, la hermosa,
conserva el morisco Alcázar,
y en él noventa hijosdalgo (1)
que lo custodian y guardan;
aprovechando la ausencia
del poderoso monarca,
que con sus guerreras huestes
á remotas tierras marcha,

(1) Dice Bertemati en su *Discurso sobre las Historias y los historiadores de Xerez*, p. 126: Por las Historias locales sabemos que los rebeldes supieron abrirse sigilosamente un camino subterráneo por donde entraron en el Alcázar al despuntar el alba, sorprendiendo á los *noventa hijosdalgo* que lo custodiaban y que murieron peleando en el interior del edificio.

debe con presteza luego
tomar la justa revancha,
y entre otras muchas ciudades
que á su reino arrebatara,
volver avaro la vista
sin temores ni tardanza
á la perla del Andálus,
á *Xárixon* (1) la cristiana.
Por eso fuerza el *moslime*
el corcel en que cabalga,
y cruza los anchos campos
cual un medroso fantasma,
con su alquicel suelto al aire
como dos gigantes alas.

II.

Desde el Oriente lejano
entre nubes de oro y nácar
lanza sus primeras luces
vaporosa la mañana,
y aun los nobles caballeros
que custodian el Alcázar,
ni al hambre ni á la fatiga
con sus privaciones largas,
rinden sus robustos cuerpos
ni sus ánimos desmayan;
que ambos fueron de heroísmo
mil veces puestos á raya.

(1) Nombre que daban los árabes á Xerez.

Ni temen al duro cerco
que el rey moro de Granada
unido con el de Murcia
ha puesto al cristiano Alcázar,
porque todos morir saben
en defensa de su patria
frente á frente al enemigo,
que tienen gran confianza
de su brazo en el empuje
y en el temple de su espada.
Mas hay quien traición sospecha,
quien presiente una celada
entre las sombras urdida
y del santo honor á espaldas.
Hay también quien asegura
haber oído, aunque vagas,
voces en distintos puntos
remotas y subterráneas,
y esos lugares diversos
todos dentro de murallas.
Esta noticia postrera
circula como más válida,
y en los ánimos de todos
ha despertado la alarma;
y no hay rincón escondido
ni patio oculto, ni estancia,
ni desvanes, ni bodegas,
ni escondrijo del Alcázar,
á donde no haya llevado
su rigor la vigilancia,

pues se asegura y se sabe
y se repite en voz alta,
que es astuta minadora (1)
la morisma desalmada.

III.

¡Traición! ¡Traición! de repente,
con voces desesperadas
se oye decir á un soldado,
á un extremo del Alcázar;
¡traición! repiten los otros
apercibiendo las armas;
¡traición! con voz iracunda,
los caballeros exclaman,
y todos alborotados
en confuso tropel andan;
unos salen, otros entran,
éste sube, aquéllos bajan,
quién á las almenas mira,
quién corre á las barbacanas,
quién se precipita ciego
por escaleras y estancias,
con roncas voces gritando:
¡traición! ¡traición! ¡á las armas!

(1) «Viendo que no podian rendirlo por asalto, hicieron minas, é impensadamente se introdujeron en »el Alcázar, tanta multitud de moros, que no pudiendo »resistirlos, aunque mataron muchos los Xpstianos, »iban todos feneciendo al rigor de las Mahometanas »cuchillas» (Bartolomé Gutiérrez, Historia de Xerez, tomo II, página 24.

Y crece la barahúnda,
la confusión se agiganta,
auméntase el vocerío,
el estruendo, *la algazara,*
y se repiten las voces
de *¡traición!* con fuerza tanta,
que invaden todos los ámbitos
del antes tranquilo Alcázar.
Pero ya se precipita
cual colosal avalancha
en el espacioso patio,
de alarbes enorme masa;
y son muchos los alfanjes,
y muy pocas las espadas
que brillan en el espacio
con mortales amenazas.
Óyense los fragorosos
rumores de la batalla,
el choque de los aceros,
las iracundas palabras,
los juramentos, blafemias,
imprecaciones satánicas,
y se miran por el suelo
cabezas ensangrentadas,
muchas con blancos turbantes
y con férreo casco, escasas.
Y los cuerpos se desploman
lo mismo que inertes masas;
el furor se multiplica;
crece, crece la matanza,

la sangre á torrentes corre
y abundante el suelo baña,
de agarenos y cristianos
en rojos charcos mezclada;
aunque por cada cabeza
de nuestras huestes bizarras,
ciento y más costóle en cambio
á la chusma musulmana.

IV.

No hay puertas que den al patio,
ni postigos, ni ventanas,
que á millares no vomiten
confundidas y apiñadas,
en revueltos pelotones
á las huestes africanas,
que al lanzarse al ancho patio
confusas y atropelladas,
sólo cadáveres yertos
huellan con medrosa planta.
El terror ha sucedido
á la lucha encarnizada,
y los que llegan, de espanto,
mudos están cual estatuas,
desencajados los ojos,
verdes las cetrinas caras.
Pero aun se escuchan rumores
y el golpear de las armas,
hacia el torreón soberbio
que del Homenaje llaman.

Allí un valiente, un león,
en las escaleras anchas,
mueve el mortífero acero
con tal fe y destreza tanta,
que cada certero tajo
es cabeza cercenada.
Es Garci-Gómez Carrillo
á quien D. Nuño de Lara
como prenda de alta estima
dió las llaves *del Alcázar*;
y que él juró defenderlas,
y perder por conservarlas,
antes la hacienda y la vida,
que el santo honor de la patria.
Por eso de furor ciego
mueve la tajante espada,
y á cada golpe repite:
—Antes os daré ¡canallas!
cien vidas si cien tuviera
que las llaves del Alcázar;
el cobarde de vosotros
que pretenda rescatarlas
de este pecho castellano,
que aborrece vuestra raza
y nunca tembló cobarde,
que presto venga á arrancarlas.
Cuantos infieles se acercan
impulsados por la rabia,
otros tantos caen al golpe
de la vengadora espada,

y ruedan ensangrentados
por las escaleras anchas.
Los de abajo están atónitos
ante tan atroz matanza,
y nadie subir pretende;
todos que se rinda aguardan.
Hasta que al ver lo invencible
de su tenaz pertinacia,
y que su indómito acero
ni se rompe ni se cansa,
de hierro punzantes garfios (1)
sobre GARCI-GÓMEZ lanzan,
que hacen en su cuerpo presa;
pero cual fiera enjaulada,
ruge, patea, se revuelve,
maldice con lengua airada
á la cobarde gentuza
que recurre á tales mañas,
porque el honor no conoce
y porque el valor la falta.
Forcejea enfurecido,
febril de coraje brama,
muerde el inflexible hierro
que su hercúleo cuerpo amarra;

(1) Nada tan expresivo en la pintura de la feroz artimaña empleada para vencer al bravo *Gómez Carrillo*, como el siguiente pasaje de la *Crónica* del rey don Alfonso el Sabio: *Trujeron garfios de fierro para que lo prendiesen y trabábanle con ellos en algunos logares de la carne; é dejábase rasgar por no dar á prisión; pero tanto hicieron los moros que lo hubieron de tomar; é lo tomaron con aquellos garfios preso á vida.*

empuja, estira, resiste,
contrae sus manos crispadas
con violencia se sacude
y del *férreo lazo escapa,*
no sin que el héroe sintiera
que sus carnes le desgarra;
pero no suelta las llaves
ni suelta la invicta espada,
que el honor á una y á otras
con gigantes lazos ata.

Nueva infame tentativa
de la cobarde canalla,
hace que caiga el valiente
del hierro en las duras garras;
mas esta vez no resiste
con su fuerza acostumbrada,
que acribillado de heridas
todo su cuerpo se halla,
y de ellas la sangre hirviente
á borbotones se escapa.

El fiero león se rinde,
no á la insultante amenaza,
ni á las fuerzas enemigas
que hondo desprecio le causan;
desesperado sucumbe
porque la vida le falta,
y al morir, muere abrazado
á las llaves y á la espada,
maldiciendo á sus verdugos
y del santo honor en aras.

Desde abajo los infieles
tiran de la astuta trampa,
y rueda el cuerpo glorioso
por las escaleras anchas.

V.

Apenas cayó en el suelo,
todos á mirar se avanzan
el cadáver del cristiano
de bravura más probada,
que vieron humanos ojos
y que leyendas relatan.
Mas como observase uno
que aun el héroe respiraba,
tomaron su noble cuerpo
cual reliquia veneranda,
y hubo varias opiniones,
hubo discusiones varias
sobre cuál de los dos reyes
á GARCI-GÓMEZ llevaba,
para curar sus heridas
y devolverlo á su patria;
que tan valiente caudillo
debe gozar vida larga.
Quién optó por el de Murcia,
quién dijo que el de Granada
por ser grande sabidor
en ciencias que heridas sanan,
por incurables que sean
y de sabios desahuciadas.

En vista *de tales hechos*
y de razones tan claras,
se acordó que Mohamed
al herido se llevara,
y en su salud aplicase
de su ciencia la eficacia.

Aseguran las Historias
que él las heridas curaba,
y que volvió sano el héroe
al castellano Monarca,
quien ofreció á GARCI-GÓMEZ
en pago á su acción bizarra,
á más de tierras en feudo
y su régia confianza,
entregarle en matrimonio
á su prima D.ª Urraca.

Así pagó el de Castilla
la más portentosa hazaña
que humanos labios refieren
ni Historia alguna relata.

JUNTA DE ANDALUCIA
Consejería de Cultura

ROMANCE III.

FERNÁN ALFONSO DE MENDOZA. (1)

(1270)

Al erudito escritor xerezano
Ilmo. D. Miguel Muñoz.

I.

A tres leguas de distancia
de Xerez, y en una altura,
desde la cual se descubre
sin dificultad alguna
gran parte de su campiña
tan extensa como exúbera,
hay un fortín almenado,
obra morisca, sin duda,

(1) Fué *D. Fernán Alfonso de Mendoza*, de la más rancia nobleza castellana por su parentesco con don Alonso el Sabio y uno de los 40 caballeros xerezanos del feudo; habiendo llegado á ser por su abnegado arrojo, uno de los más valerosos caballeros de su tiempo.

Usan por armas cinco panellas ó corazones en campo rojo (simbolizando los cinco moros muertos) y orla roja con cuatro aspas de oro y cuatro rosas de plata, en memoria de las flores del campo donde tuvo lugar la hazaña que reseñamos en este Romance.

según todas las señales
de su sólida estructura.
Como adherido á la masa
del castillo, se vislumbran
restos de un *antiguo adarve*
que cubre la yerba inculta;
vestigios de los que fueron
fosos en otras centurias
y hoy de escombros hacinados,
de broza seca y basuras,
donde el reptil cauteloso
tiene su vivienda obscura,
depósito tan compacto,
que se confunde y se junta
de tal modo con el suelo,
que sólo por conjeturas
se sabe, que el ancho foso
bajo el escombro se oculta;
la que antes fué barbacana,
cedió del tiempo á la injuria,
y de sus viejas paredes
no queda señal alguna.
Resumen: que en días lejanos
el fortín que nos ocupa,
fué murada fortaleza,
ya desde el tiempo de Muza,
ó ya cuando el agareno
dando preferencia suma
del territorio invadido
á la región andaluza,

aquí sentó sus reales,
y para defensa justa
alzó este recio castillo
en la más enhiesta altura,
capaz de hacer resistencia
con su fuerte contextura,
de los altivos cristianos
á la encarnizada lucha,
tan tercos como temibles
por su indómita bravura.
En este viejo castillo
ó fortaleza vetusta,
cuyos incontables años
sus paredones denuncian;
aquí, hace tiempo que viven,
ó mejor dicho se ocultan,
cual temibles malhechores
que el sosiego y la paz turban
del tranquilo pasajero
que por estas tierras cruza,
cinco moros fementidos,
que con cinismo se burlan
de grandes y de pequeños,
y audaces de todos triunfan;
aunque insensatos no cuentan
con que alguna vez su ayuda
les niegue indignado Aláh,
y entonces, la audacia es nula;
que tiene negras espaldas
si las vuelve la fortuna.

II.

En el lejano Occidente
que pardas nubes enlutan,
el sol sus últimos rayos
melancólico *sepulta,*
y el húmedo vendaval
que ruge y sopla con furia
haciendo crugir las ramas
de los árboles, anuncia,
con infalibles indicios
que está cercana la lluvia.
Por una angosta vereda
que anchos olivares cruza,
van silenciosos marchando
como dos fantasmas mudas,
dos bizarros caballeros
á juzgar por su apostura,
por el porte de sus armas
y lucientes armaduras.
En este mudo silencio
pasaron dos horas justas,
y del olivar dejando
el camino de herradura,
el de atrás le dijo al otro
entre veras *y entre burlas:*
—Por Belcebú, don FERNÁN,
que no sé de historia alguna,
donde igual ó parecido
á la presente aventura,

se relate algún suceso
ó endiablada escaramuza.—
—Pues ahora verla podréis
si es que el verla no os asusta,
y supliréis con la lanza
lo que no escribió la pluma.
Repuso FERNÁN, mohíno,
á razones tan insulsas.
—DON FERNÁN, vuestras palabras
más que convencer insultan;
y sabed que no es cobarde
quien en torneos y en justas,
en los azares guerreros
y en las sanguinarias luchas,
jamás dió paz á su lanza
ni se vió vencida nunca:
pero en verdad, los dos solos
es manifiesta locura
luchar con cinco agarenos,
de cuya notoria astucia
en las artes de la guerra,
tienen dadas pruebas muchas.—
A lo cual don FERNÁN dijo,
con desbordada iracundia:
—Volver al punto podéis
antes que empiece la lluvia;
que si los dos somos pocos
para la agarena chusma
que estos tranquilos lugares
provocadora conturba,

yo solo me basto y sobro
para meter en cintura
á quienes desatentados
de su valimiento abusan.
Y apretando los ijares
de su caballo con furia,
DON FERNÁN *partió á galope*,
y como visión nocturna
que alas pide al raudo viento,
atravesó la llanura
en su fogoso alazano,
y sin prudente consulta
metió al generoso bruto
por la lóbrega angostura
de una hijuela tortuosa,
seguro como quien busca
algo en su estrecho recinto
ó salida bien segura.
Corrido su acompañante
con resolución tan súbita,
y temiendo que en la hijuela
realizase la aventura
objeto de aquel viaje,
se decidió á volver grupas,
como la mejor medida
y acaso como la única,
y hacia Xerez satisfecho
volvió su cabalgadura,
en breves horas llegando
sin miedo á la noche obscura,

que con su manto de sombras
el cielo y la tierra enluta.

III.

Medrosa y encapotada,
y más que medrosa húmeda
por el gotear constante
de la monótona lluvia,
sigue avanzando la noche,
cuyas soledades turba,
ya el estampido del trueno
que ronco en los aires zumba,
ó el fulgor de los relámpagos
que con luz siniestra alumbran.
De don Beltrán de Riquelme
en la morada vetusta,
y en torno á la chimenea
tan descuidada y negruzca
como repleta de lumbre
que calma, templa y endulza
los rigores implacables
de la noche áspera y cruda,
en amigable consorcio
vése animada tertulia
de hidalgos y caballeros
que con interés se ocupan
del lance no realizado,
aunque factible lo juzgan
dado el valor de MENDOZA
que á Dios y al Rey servir busca.

Y es el lance una cuestión
tan severa y peliaguda,
que al ánimo más entero
seriamente preocupa:
luchar uno contra cinco
agarenos, gente astuta,
es regalarles la vida
sin más cargos ni resultas.
—Presumo, dice el primero,
que sin la divina ayuda
que en estos lances de prueba
es de transcendencia suma,
del valiente DON FERNÁN
será la muerte segura.—
A lo que dice el segundo
mientras que su *barba atusa:*
—Mucho valen cinco moros
con sólo un cristiano en lucha;
pero mirad cuánto vale
la lanza fuerte y robusta,
si es caballero y cristiano
quien con destreza y bravura
la maneja, y el honor
con sus alientos la impulsa.—
—Ni aun así, dice un tercero
que con atención escucha:
—Yo considero y proclamo
el colmo de la locura,
el querer á cinco moros
matar sin protesta alguna,

y más si éstos son valientes;
pues si villana gentuza
le llamamos por ser hijos
del error y la impostura,
son hombres, arrojo tienen,
y valor y fuerza bruta
para repeler la fuerza;
que bien su defensa cuidan.
A don FERNÁN dí palabra
y nos lanzamos en busca
del provocador muslime
con ardimiento y premura.
Quise en vano convencerle
de su pretensión absurda,
y á mis leales razones
daba respuestas tan bruscas,
que llegó hasta despedirme
con palabras harto duras.
Es la causa por qué ahora
en vuestra amable tertulia
me encuentro, no peleando
en la insensata aventura
que á don FERNÁN DE MENDOZA
todos sus sentidos nubla.—

IV.

De un suceso extraordinario
la grata nueva circula,
y jubiloso contento
los corazones inunda.

Todos, pequeños y grandes
con entusiasmo aseguran,
que don FERNÁN DE MENDOZA
en herioca y fiera lucha,
dió muerte á los cinco moros
que há tiempo el sosiego turban,
no sólo del transeúnte
que aquellos lugares cruza,
sino de los aldeanos (1)
que afanosos el pan buscan
cultivando los terrenos
en que cifran su ventura.
Esta es la más aceptable
de las versiones innúmeras
que de boca en boca corren;
tan desatinadas muchas,
ya por su enorme tamaño
ó circunstancias absurdas,
que si hay quien las oye incrédulo,
otros con pavor escuchan.
Hay quienes cuentan locuaces
y como cierto aseguran,
que cuando vieron los moros
la belicosa apostura
de don FERNÁN, se quedaron,
como cinco estatuas mudas;

(1) En el lugar que se denomina *Mesa de Santiago*, por haberse aparecido en él el Santo Apóstol al rey D. Fernando III y más tarde al héroe de este Romance, había una pequeña población ó *aldea* de agricultores, llamada desde esta fecha (1270) *Aldea de Santiago de fe.*

sin saber si arrodillarse
ante la excelsa figura
de tan singular guerrero,
ó si apelar á la fuga.
Como don FERNÁN lo viera,
haciendo una de las suyas,
mandó de cinco lanzadas
cinco moros á la tumba.
Otros, mejor enterados,
según ellos mismos juran,
dicen que los cinco infieles
al acometer con furia
sin ejemplo entre los hombres,
á don FERNÁN, vieron una
claridad tan misteriosa,
que si no ciega deslumbra,
y en su centro á Santiago;
quien con su potente ayuda
dió á don FERNÁN la victoria
sobre la agarena chusma.
Y hay quienes en varios tonos,
las chanzonetas inclusas,
buscan el lado ridículo
con fácil desenvoltura
á tan insólita hazaña
digna de alabanza suma,
y no del torpe mordisco
de escarnecedora burla;
mas allí donde está el pueblo
los maldicientes abundan.

Pero en cambio, otras personas
más entusiastas y justas,
que agasajan y celebran
al que venturoso triunfa,
con vivas aclamaciones
y con vítores saludan
al invicto caballero,
cuyo valor y fortuna
aplauden enardecidos
con general barahúnda,
y delirantes arrojan
al aire las caperuzas.

V.

Frente á la grandiosa Puerta
cuya morisca estructura
hasta á los más ignorantes
con claridad se denuncia,
sólo con fijar la vista
en sus arcos de herradura;
frente á esta morisca Puerta,
decimos por vez segunda,
y que llaman de Sevilla,
hay una estéril llanura,
que aun cuando no muy extensa
un buen perímetro ocupa.
A este lugar apartado
llegan há rato y se agrupan,
numerosos individuos
conformes en lo que buscan,

desde el siervo de la gleba
hasta el señor de alta alcurnia;
y en pelotones compactos
con regocijo se juntan;
y unos hacia arriba corren
de novedades en busca,
otros van de grupo en grupo
asediando con preguntas,
mientras al que encuentra al paso
molesta, pisa y empuja:
y se mezclan y se funden
en algazara confusa,
el justificado elogio
con la imprudente censura;
el aplauso del que siente
admiración noble y justa,
al gruñir del envidioso
que solapado murmura.
La esperada voz de ¡ahí viene!
por la multitud circula
y vuela como del rayo
la luz fugaz y sulfúrea,
y los grupos anhelantes
como sediciosa turba,
de ¡ahí viene! la voz repite
y al que llega ansiosos buscan.
Maltrecho pero animoso,
viene en su cabalgadura
el heroico D. FERNÁN,
al que unánime saludan

todos, pequeños y grandes,
con ardorosa ternura:
pues mientras los caballeros
contra su pecho le estrujan,
la gente del pueblo bajo
y la soldadesca inculta
con lágrimas abundantes
que el curtido rostro inundan,
le bendicen y le besan
ensalzando su bravura.

Con un brazo en cabestrillo
cubierto de ligaduras;
vendajes en la cabeza
que al erguido cuello anudan;
la pierna izquierda envarada
que el andar le dificulta;
golpes varios, contusiones
y leves desgarraduras.

Lleva el casco sin visera
y sin el airón de plumas;
destrozado el fuerte yelmo;
rota la férrea armadura
y más que rota, incompleta,
pues una pierna desnuda
tiene de greba y quijote,
que lo encarnizado acusan
de la bárbara refriega
con la mahometana chusma.
—¡Basta¡ ¡Basta!—repitieron
diversas voces á una.

—Debe llevarse del Rey
ante la presencia augusta
por exigirlo así el rango
de su estirpe linajuda—
con intención, dijo alguno
que entre el tumulto se oculta.
—Reparad que viene herido,
otro dijo en son de súplica;
y al enfermo, el alboroto,
más desagrada que gusta.—
Con gran trabajo cedieron
las molestas apreturas,
las vivas aclamaciones
y el vocerío de las turbas,
y ¡*á cal de Francos!* (1) dijeron:
pues no estará en parte alguna
más cómodo que en su casa,
do pronto le harán la cura
de contusiones y heridas,
que aunque leves, importunan.

VI.

A la mañana siguiente,
y pasadas ya las bruscas
sacudidas y emociones
que el espíritu conturban,

(1) La casa señalada con el núm. 53 en dicha calle de *Francos*, cuyo nombre lleva desde la reconquista (1264), fué la casa solariega de la ilustre familia de los *Mendozas*.

después de lances y escenas
de tan varias cataduras,
pues mientras con sus azares
temores infunden unas,
otras al pecho le llenan
de jubilosa ventura,
don FERNÁN, más sosegado,
á solas piensa y calcula
el efecto que al Monarca
ha de causar la aventura,
terminada con tal éxito
y tan completa fortuna,
que pocas así alcanzaron
tan eminentes alturas.

En ello don FERNÁN piensa,
cuando de repente empujan
la puerta del aposento,
y el escudero le anuncia
que el Rey le aguarda, y espera
á que vaya con premura.

Fué don FERNÁN al Alcázar;
y la Crónica asegura,
que del Monarca y su Corte
fueron tantas las preguntas,
que agotaron los detalles
hasta sus leves minucias.

Refirió, que una celada
le tendieron tan astuta,
que se encontró de repente
en peligrosa angostura

y enfrente cinco agarenos
bien armados, lanza en cuja,
y sobre arrogantes potros
de pura raza andaluza.
Mirarlos y acometerles
con ardor, todo fué una;
comenzando la refriega
tan desesperada y ruda,
siendo el crujir de las armas
tanto, y la sañosa furia,
y tales los juramentos
y las sangrientas injurias,
que á la verdad parecía,
fragor de falange innúmera.
Cómo fué, decir no sabe;
sólo que en la ardiente lucha
vió á tres espirando en tierra,
y á los otros dos en fuga.
Persíguelos y en el centro
de extensa cañada inculta,
provocador los detiene
y la refriega reanudan;
hay amenazas y choques,
acometidas mayúsculas,
certeros botes de lanza,
vacilaciones y dudas
de quien en tan grave encuentro
cede ó victorioso triunfa.
Ya un muslim el suelo muerde
de la muerte en las angustias;

el otro, terco resiste;
y don FERNÁN, como última
invocación mira al cielo
cual si pidiera su ayuda,
y á su corcel aguijando,
de su lanza hundió la punta
del musulmán en el pecho,
dándole muerte segura.

Dicen que cayó abatido
después de tan larga lucha,
de rodillas, y alzó al cielo,
su voz con ferviente súplica,
sintiendo que allí no diera
alguien fe de esa ventura.

Se le apareció un guerrero
con armas no vistas nunca
y una cruz *roja en la mano*,
diciéndole con dulzura:
que *él daría de la batalla* (1)
fe; y como visión cerúlea,
se perdió en las claridades
de las celestes alturas.

Los cinco potros soberbios;
los alfanjes y las gumias

(1) Esta aparición del Santo Apóstol, dió motivo á la erección de una ermita que mandó labrar el mismo Rey, y que subsistió con culto hasta el último tercio del siglo XVIII, en que fué abandonada por ruinosa, sin que nadie haya intentado, siquiera, conservar tan preciosa reliquia.

con los blancos alquiceles
y las marlotas purpúreas,
trajo al Rey cual testimonios
de su gloriosa aventura.
Los testigos presenciales
afirman todos á una,
que del Monarca en el rostro
era tan viva y profunda
la emoción, ante una hazaña
que no recuerda otra alguna,
que tendiéndole los brazos
con efusiva ternura,
contra el conmovido pecho
le oprimió con ansias muchas,
y dijo: que recompensa (1)
merecida como justa
por su nobleza notoria
y por su heroica conducta,
ha de otorgarle en tal guisa
de Dios con la santa ayuda,
que esas gracias y mercedes
es su voluntad augusta;
sean desde su otorgamiento
sin restricciones ni dudas,

(1) Es ciertamente notable el privilegio rodado que otorgó D. Alonso el Sabio en Sevilla el 22 de Noviembre de 1275, á favor de *D. Fernán Alfonso de Mendoza*, su pariente, como recompensa á la singular hazaña que reseñamos en este Romance. Véase en la Historia de Xerez de Bartolomé Gutiérrez, t.º II, pág. 122 y siguientes, la copia íntegra del citado privilegio.

para él y su descendencia
presente como futura.

VII.

Corrido y avergonzado,
llena el alma de tristura
y turbada la conciencia
que el remordimiento abruma
con el infausto recuerdo
de la cobarde *conducta*
con don FERNÁN observada
en su gloriosa aventura,
el menguado acompañante (1)
que volvió asustado grupas
temeroso de ser víctima
de una sanguinaria lucha,
al contemplar sana y salva
la jigantesca figura
de don FERNÁN DE MENDOZA,
cuya cabeza circunda
la aureola inmarcesible
que á la inmortal gloria encumbra,

(1) En ninguna de las Historias ni papeles xerezanos que hemos leído, se consigna el nombre de este malaventurado caballero.

El eximio cuanto malogrado poeta xerezano don Juan Piñero, cita en su bellísima leyenda *Amor y Fé*, al referido caballero con el nombre de *Mendo Illescas*, sin que nos haya sido posible, en este caso, comprobar su filiación histórica, aun cuando sabemos que el apellido *Illescas* es de ilustre abolengo xerezano.

con general menosprecio
se fué á endulzar la amargura
que minaba su existencia
cual grave dolencia oculta
á pelear con los moros,
buscando muerte segura,
porque su villana afrenta
piadosa la tierra cubra.

ROMANCE IV.

DOMINGO MATEO DE AMAYA.

(1285)

I.

Del noble Villavicencio
en la morada suntuosa,
donde el Arte y el buen gusto,
unidos á la notoria
distinción de la nobleza,
y aun más á la protectora
acción eficaz del oro,
que abrillanta cuato toca;
pues allí do la Fortuna
extiende su mano pródiga,
lujo, bienestar, grandeza,
con profusión amontona;
en esta casa, ó palacio,
ó si se quiere ambas cosas,
es costumbre inveterada
que en reuniones amistosas
se den cita las familias
más pudientes y aristócratas,

que disfrutan en Xerez,
desde la fecha gloriosa
en que la ganó el rey Sabio
á los hijos de Mahoma,
pingües rentas y heredades
como premio á las victorias
del musulmán conseguidas
en mil batallas heroicas.

Aquí asisten consecuentes
las linajudas señoras
de Gutierre de Orbaneja,
de Machuca, Finojosa,
de Dávila, de Alvar Fáñez,
de Riquelme, de Mendoza,
y de otros cien caballeros
de brillante y limpia historia;
si por el solar ilustre
por las hazañas gloriosa.

De la estancia en una parte
agrúpanse las señoras
sosteniendo alegre charla
chispeante y decidora;
siendo objeto muchas veces
del regocijo de todas,
entre risas argentinas
y carcajadas sonoras.

Tal pone la puntería
al encaje de unas tocas
que vió al cruzar de San Marco
por la callejuela angosta;

quién se burla de un brial
que cierta grave señora
ostentaba siendo falso
como inestimable joya;
quién se fijó en un chapín
de antigua y grotesca forma;
quién en la falda de raso,
en el velo ala de mosca
y que de negro presume;
y en otro millar de cosas
motivo del charloteo
y murmuración ruidosa,
con que pasan sus veladas
las linajudas señoras.

Eso ocurre en una parte
del salón; pero en la otra,
sostienen los caballeros
discusiones calurosas,
sobre el cerco prolongado
que con suprema zozobra
la ciudad desesperada
y enfurecida soporta.

El infame Aben-Yussuf
con insistencia sañosa
hace seis meses que asedia
á Xerez, que valerosa
y decidida, rechaza
las frecuentes intentonas
de asaltos viles, urdidos
del deshonor á la sombra:

es el capital asunto
que la concurrencia toda
de caballeros, comenta,
con duras y airadas formas,
y que juran y perjuran
con vehemencia rabiosa,
en que todos los ardides
y amenazas baladronas,
que echa á volar el alarbe
con risible vanagloria,
no está muy lejos el día
en que los paguen con sobras.

II.

Al oriente de Xerez,
junto á una faja anchurosa
de escuálidos olivares,
cuyas desmedradas copas
manifiestan los estragos
de las luchas azarosas
que con el infiel sostienen
nuestras aguerridas tropas;
enmedio estos campos yermos
levántase escueta y sola
de construcción muy reciente,
Torre tan ancha cual tosca,
y que trasciende á morisca
por lo elevada y lo sólida.
Afirman los alarifes
constructores de tal obra,

que se levantó exprofeso
para que incesantes horas
observe allí Aben-Yussuf
las guerreras maniobras
de agarenos y cristianos,
cuando se buscan y acosan
con escaramuzas, choques
y con celadas traidoras.
Hay del vulgo quien supone
y de él la gente más tosca,
que la Torre susodicha
aventaja ya con sobra,
por el grueso de sus muros
y su altura prodigiosa
á la misma de Babel;
pues casi á las nubes toca
con los últimos ladrillos
de su almenada corona:
y aun no faltan timoratos
de alma cobarde y medrosa,
que intervención dan en todo
á duendes y á brujas hórridas,
y al infiel juzgan en tratos
con la caterva diabólica,
que achaquen á la tal Torre
influencia misteriosa
en los lances de la guerra,
ora contraria, ya próspera,
para el muslim siendo siempre
anuncio de la victoria;

en cambio para los nuestros
digno de infausta derrota.
Pero sean lo que quieran
las insensatas y locas
especies que se divulgan
volando de boca en boca;
en unos tomando aspecto
de visión fantasmagórica,
echando en otros la duda
raíz penetrante y honda,
y arrancando de los menos
la carcajada ruidosa
de incredulidad escéptica,
lo cierto es que altiva y fosca
la Torre, muda atalaya,
levántase escueta y sola
enmedio del campo yermo
cual una visión medrosa,
que aunque otra cosa se diga
llena el ánimo de sombras;
pues supersticiosa y crédula
la gente de baja estofa,
da crédito á las patrañas
que vuelan de boca en boca.

III.

De una tarde de Septiembre
corrían las últimas horas,
y á la puerta del Alcázar
una multitud ansiosa

de noticias y no buenas,
se estruja, codea y agolpa,
anhelando que alguien llegue
á mitigar la angustiosa
situación de los que unidos
allí un mismo afán convoca.

Cada vez que pasos suenan
por la escalera anchurosa,
todos alargando el cuello
sobre los pies se incorporan;
éste se agarra al del lado,
aquél en otro se apoya,
y cada cual el primero
oír la noticia ambiciona
de cómo el Alcaide sigue,
de la enfermedad traidora
que entre la vida y la muerte
le tiene hace largas horas.

Un murmullo prolongado,
semejante al de las olas
de la mar alborotada
por tempestades furiosas,
cruza las compactas filas
de la multitud ansiosa,
y abriéndose entre ella paso
con dificultad penosa,
Domingo Mateo de Amaya
el de noble ejecutoria,
así dijo emocionado
con voz triste y congojosa:

—¡Sabed que el Alcaide muere,
según ha afirmado ahora
con solemnidad la Ciencia!
La desgracia nos le roba
en los momentos más críticos,
cuando más provocadora
é insultante la morisma
nos reta altiva y furiosa,
quizá segura del número
de nuestras mermadas tropas;
y por el contrario ella,
alardeando jactanciosa
de sus veinte mil caballos
y de su bravura indómita,
que después en la batalla
en vileza ruín se torna.
Pero el peligro no cesa
y el musulmán nos acosa;
cada vez son más frecuentes
las cobardes intentonas;
y sabedlo, amigos mios,
que á todos saberlo importa
y el callarlo infame fuera:
anoche en las altas horas
unas turbas de agarenos
protegidas por la sombra,
pretendieron un asalto
dar por la *Puerta de Rota*,
que sin el valiente arrojo
y la táctica ingeniosa

de su Alcaide el gran Riquelme,
quién duda, tal vez ahora,
Xerez estaría en las manos
de los hijos de Mahoma.—
Dijo, y la encendida rabia
tornó sus mejillas rojas,
enjugando con su fuego
dos lágrimas temblorosas
que antes vertió inconsolable
por la existencia preciosa
del ínclito *Pérez Ponce* (1)
de Alcaides honor y gloria.

IV.

En la multitud produjo
una emoción viva y honda,
la inesperada noticia
de que sin remedio es pronta
la muerte del noble Alcaide,
de hidalgos espejo y honra;
pero tanto ó más profunda
á un tiempo en todos causóla,

(1) Al valor de este insigne caudillo se debe en gran parte el sostenimiento del cerco durante seis meses, cuyos incesantes trabajos comprometieron su vida de tal modo, que los médicos desconfiaron de salvarla.
Fernán Pérez Ponce murió poco después de levantado el cerco de Aben-Yussuf, y en ocasión de hallarse en Xerez el rey D. Sancho, quien manifestó *tan gran sentimiento por su muerte, que se vistió de luto y acompañó su entierro hasta San Francisco, donde fué enterrado en su capilla de San Pedro.* (Véase H.ª de Xerez por el P. Rallón t.º II, pág. 175).

pues mirándose quedaron
con cara espantada, atónita,
y aun vióse en muchas de ellas
la impavidez del idiota,
al saber el caso grave
de la frustrada intentona
del asalto por sorpresa
dado en la *Puerta de Rota.*

Pensar que tan vil gentuza
de una manera traidora
hubiera puesto sus plantas,
siquiera por breves horas
en las calles de Xerez
satisfecha y victoriosa,
es pensar en la catástrofe
más tremenda y espantosa
que al hombre ocurrir pudiera;
y que delirante y loca
esquiva soñar la mente,
que hasta el soñarlo le asombra.

Aun ven de MATEO DE AMAYA
la expresión triste y llorosa
al hablarles del Alcaide;
y que iracunda se torna
al dar cuenta de la escena
humillante y vergonzosa
de que iba á ser, por desgracia,
teatro la *Puerta de Rota.*

Mas cediendo poco á poco
la excitación espasmódica

que hecho tan grave produjo,
la multitud veleidosa
en corrillos fraccionándose
parlanchina y decidora,
entre vivos comentarios,
frases duras ó jocosas,
apreciaciones ridículas
y desatinadas otras,
amenazas proferidas
con groseras palabrotas,
de éstas muchas tan picantes
que levantaban ampollas,
se disolvió repitiendo
sentencias y frases gordas,
todo ello dirigido
con intención negra y torva
y cual venenosos dardos
contra la morisma odiosa.

V.

En la agarena Mezquita
donde con grotescas formas
culto le dieron á Aláh
los sectarios de Mahoma,
en esta iglesia, hoy cristiana,
que el Rey Sabio consagróla
del sagrado Evangelista (1)
San Juan, á la fiel memoria,

(1) También se llama desde tiempo inmemorial *de los Caballeros*, que unos atribuyen al hecho inmarcesi-

gente allí de todas clases
llegan y entran presurosas
y resueltas se dirigen
á la capillita gótica
de la Virgen de la Paz,
donde prosternados oran
numerosos caballeros,
que en actitud fervorosa
de la ve*neranda imagen*
la santa piedad imploran.
Y son tantos los que vienen,
que en la puerta se amontonan,
pues que dentro es imposible
que ni tan solo uno coja.
De repente un caballero
cual si la Virgen gloriosa
le inspirase, se levanta;
desnuda la aguda hoja
de su puñal, y en sus venas,
con resolución clavóla. (1)

ble que reseñamos en este Romance; y otros, tal vez con más seguros fundamentos, á haber sido destinada esta iglesia como lugar donde celebraban sus asambleas los Caballeros cruzados de Xerez, recibiendo en ella la sagrada comunión con arreglo á las prescripciones de sus Estatutos.

Confirman esta última opinión, las cruces de las Ordenes militares que aun se conservan esculpidas en la bóveda de la sacristía.

(1) Afirma Barahona en su *Rosal de Nobleza*, que el primero que se rompió la vena, fué *Domingo Mateo de Amaya*.

Y es el noble caballero
que de tan súbito obra
DOMINGO MATEO DE AMAYA,
cuya limpia ejecutoria,
hechos de sin par bravura
la enaltecen y avaloran.
Dónde escribir, pide presto;
y en la sangre ardiente y roja
que en líquidos borbotones
fluye de la vena rota,
con serenidad olímpica
en ella la pluma moja,
y escribe en el pergamino (1)
con mano segura y pronta
al monarca Sancho cuarto,
que está en Sevilla la heroica,
diciéndole con vehemencia
y con palabras patrióticas,
que es insostenible y dura
la situación angustiosa
por que Xerez atraviesa,
sin recursos y sin tropas
enfrente de la morisma,
que amenazante y furiosa

(1) Dice el P. Rallón, que dicha carta existía cuando él escribió su Historia (1670). Asegura que estaba en el Archivo Municipal. (H.ª de Xerez t.º II pág. 173.)
En la actualidad, no sólo no existe en la referida dependencia tan curioso y apreciable documento, sino que ni aun se le cita en el Inventario de 1788.

pretende de la ciudad
el asalto á toda costa.
Y aunque sólo el pretendello
es temeridad notoria,
puesto que han pagado caras
sus audaces intentonas,
tiñendo mil y mil veces
el campo con sangre mora,
es tanta su pertinacia
cuanto nuestras fuerzas cortas;
tienen sobrados recursos (1)
de bastimentos y tropas,
pues solamente el peonaje
diez veces al nuestro dobla,
faltándonos los pertrechos
de armamentos y aun de boca,
que de las plagas, el hambre,
siempre es la más horrorosa:
¡venga pronto quien ayude
ó la Virgen nos socorra!
Y firmó; los caballeros,
desenvainando las hojas

(1) Abundaban de tal manera los granos de toda especie, que era una bendición de Dios, y faltó poco para que el trigo, la cebada, las frutas y las pieles, no se vendiesen ni comprasen, sino que se daban al primero que las pedía; los guerreros en tal abundancia y prosperidad vivían, que la almafalla parecía más bien una populosa y concurrida metrópoli con todo género de contratación y oficios, que no un campamento.
(Parada, Hombres ilustres de Xerez, pág. XXXIX.)

de sus agudos puñales,
cada cual con sangre propia
al pie colocó su nombre
en visibles letras rojas.
De entre la apiñada gente
de esfuerzos grandes á costa,
abrióse paso un mancebo (1)
que ser hidalgo pregonan
su gallardo continente
y el esmero de su ropa;
diciendo que se disfraza
de villano, y en persona,
él mismo y en propia mano
al Rey dará tan honrosa
cuanto singular misiva;
y como á todos importa
esté en manos del Monarca,
pronto por lo perentoria,
con general beneplácito
se aceptó la bondadosa
oferta del noble joven;
quien pasada media hora
disfrazado de villano
llegó, juró, recogióla
y partió para Sevilla
con misiva tan honrosa;

(1) Es verdaderamente sensible no se consigne en Historia alguna el nombre de este hidalgo, que de tan abnegada manera se ofreció á llevar la carta al rey D. Sancho.

que en ella de la ciudad
van las esperanzas todas. (1)

VI.

Sabedor Aben-Yussuf
por conducto que se ignora,
que desde Sevilla vienen
con el rey Sancho en persona,
numerosos caballeros
y considerables tropas,
alzó el sitio de Xerez
con celeridad pasmosa;
marchando á las Algeciras
con cara mohína y fosca,
aun cuando dicen y afirman
muy respetables personas,
que se retiró por miedo
á una inminente derrota,
ó por cálculo y prudencia
según atestiguan otras.
Sea de ello lo que quiera,
miedo ó prudencia engañosa,

(1) Pocos dias después volvió de Sevilla dicho valeroso hidalgo con la contestación de Sancho IV, en la cual decia, como una expresa demostración del concepto que tenia de los xerezanos: «que el rey D. Alonso, su padre, la habia ganado y poblado de 300 caballeros, fijos de algo, que escogió en todo su ejército; que pues eran leones de Castilla, se defendieran como tales, mientras juntaba gente para socorrerlos.
(Rallón, H.ª de Xerez, t.º II, pág. 173.)

lo cierto es que nuestros campos
se vieron en pocas horas
libres de pertrechos bélicos
y de la morisma odiosa.
Tan sólo un mudo testigo
de dura insensible roca,
la *Torre* que *Aben-Yussuf* (1)
levantó pesada y tosca,
que despreciando del tiempo
las caricias injuriosas,
se eleva en medío del campo
impasible, escueta y sola
como un fantasma medroso
que á las edades remotas
debe con mucha elocuencia
la génesis de su historia
referir; nunca ovidando
la bizarra acción heroica
del inimitable AMAYA,
cuya sangre generosa
por el honor de su pueblo
dió de manera tan pródiga,

(1) Fué llamada en un principio *Torre de Aben-Yussuf*, debido al nombre de su fundador, quien la edificó en 1285, con objeto de observar desde ella las maniobras militares que efectuaban ambos ejércitos, durante el terrible cerco de seis meses, con que agobió á Xerez.
Destinada más tarde á la industria de tintorería, cambió su primitivo nombre por el de *Torrecilla del Tinte*, con el cual ha llegado casi á nuestros días, en que fué demolida para dar lugar á nuevas construcciones. Estuvo situada dicha *Torre* en terrenos próximos á la Estación de Mercancías,

que no sólo en la pelea
empeñada y fragorosa
vertió impávido á raudales,
sino en sus ardientes gotas
mojó con afán la pluma,
como si al pedir la pronta
solución al rey D. Sancho,
le mandase el alma toda
envuelta en los caracteres
que hizo con su sangre propia

ROMANCE V.

"GARCI PÈREZ DE BURGOS."[1]

(1291)

I.

En el horizonte apenas
comenzaban á mostrarse
de la matutina aurora
las primeras claridades,
cuando llenó casi á tientas
las aun tenebrosas calles
de la ciudad de Xerez
como sombras impalpables,
que ya con sigilo marchan
ó desparecen fugaces,
vaporosas como el humo
ó cual fantasmas errantes,

(1) Fué el progenitor de los Rendones xerezanos. Esta ilustre familia lleva por armas una banda de oro en campo verde y rojo, orlado con trece roeles de oro y siete lanzas sobre el morrión, con el mote *Vencer y nunca vencido.*

Consérvase en la portada de la antigua casa de la familia de *Lobatón Pastrana, y Rendón*, en la plaza de San Mateo, núm. 5.

una *multitud ansiosa*
por conocer los detalles
del fausto acontecimiento,
que regocijado invade
la población y los ánimos
de todos sus habitantes.
Unos van hacia el Alcázar
á que les cuente el Alcaide,
cómo fué que Aben-Yussuf
que había jurado vengarse
de la imprudente respuesta (1)
afrentosa y humillante
que dió el Rey á su Embajada;
y además, de los ultrajes
que las xerezanas tropas
le infirieron insultantes,
ha *levantado tan presto*
sus belicosos reales
y marchan junto á los muros
de Tarifa á aposentarse.
Otros corren presurosos
inquietos y jadeantes
hacia la *Puerta de Rota*,
y desde allí á recrearse

(1) Habiendo enviado Aben-Yussuf á Sevilla una embajada solicitando la amistad del rey D. Sancho, contestó éste de la siguiente manera.... «mostróle á su Embajador un pan y un palo, y le dijo que dijera á su Rey, *que con aquel palo defendería aquel pan* y que no necesitaba de su amistad.»
(P. Rallón, H.ª de Xerez, t.º II, pág. 170.)

en la rara perspectiva
que han de ofrecer los lugares,
en que durante seis meses
vivió el mauritano infame,
siendo la sombra funesta
y provocación constante,
de nuestros bravos guerreros
con sus insultos cobardes.

Mas donde toma el bullicio
proporciones colosales
y se codean y confunden
los sexos y las edades,
el plebeyo y el hidalgo,
los humildes menestrales
con los nobles de abolengo,
que ahuecan las vanidades;
el mesnadero, el vasallo,
el peón.... todos iguales
en este instante se juzgan,
pues se consideran parte
en el patrio regocijo
que los ánimos invade;
y se apiñan y confunden
por las tortuosas calles
de *Francos, Jubetería,*
Ropa vieja y sus adláteres,
concluyendo todas ellas
junto á la *Puerta* que llámase,
del *Real ó Marmolejo,*
testigo de serios lances.

Al *Arenal* espacioso
en tropel la gente sale,
movida por el impulso
de curiosidad picante,
y anhela ver de la huida
vergonzosa las señales;
siquier la nube de polvo
que se alza espesa en el aire
como tenebroso velo,
ocultando á los cobardes
la ciudad noble y heroica,
que pudo altiva escaparse
de la astuta y burda trama
de sus intentos rapaces.

II.

La xerezana nobleza
por los timbres y la sangre,
en prueba de acatamiento
y rendido vasallaje
á su rey D. Sancho cuartò
(á quien Dios bendiga y guarde),
con puntualidad concurre
unos cuantos días hace,
á los Divinos Oficios,
que suntuosos y grandes
se celebran en San Lucas;
ayer *mezquita del árabe,*
y hoy del Dios de los cristianos
templo y mansión inefable.

Explícanse los motivos
de su asistencia constante;
pues allí donde el Monarca
lleva sus pasos reales,
allí donde en paz ó en guerra
con sus cortesanos marche,
allí la nobleza toda
sin distinción debe darle,
pruebas de firme lealtad,
de alto respeto señales,
haciendo á su real persona
el más rendido homenaje.
Y es cierto que el rey D. Sancho
con fe profunda y laudable,
si está en Xerez, á San Lucas, (1)
va en recuerdo á que su padre
el ínclito Alonso el Sabio
cuando en guerra memorable
arrebató la ciudad
de las garras del alarbe,
del glorioso evangelista
quiso á una mezquita darle
la advocación veneranda,
que cual tesoro llevase

(1) S. Lucas fuè la iglesia preferida de D. Alonso el Sabio, y desde entonces, ha sido la más frecuentada por los reyes de Castilla que han honrado á nuestra ciudad con sus visitas. Como testimonio de ello, es la única iglesia de Xerez donde los Reyes tenian tribuna para asistir á los Divinos Oficios. La tribuna aun subsiste, y en su frente una pintura mural representando las armas reales de los Monarcas de Castilla.

la fe y valor de sus hijos
á las remotas edades.
Insuficiente es el templo
á contener en sus naves,
no á los nobles xerezanos
que de sobra en ellas caben,
sino al numeroso séquito
que el rey castellano trae
en su regia compañía,
para abatir los audaces
intentos de Aben-Yussuf,
bastardos y criminales.
Por ello deja á Sevilla,
que escrito con roja sangre (1)
auxilio Xerez le pide
en desesperado trance,
y precisa socorrerle:
y aunque ya el muslim cobarde
huye víctima del miedo
en Tarifa á refugiarse,
es posible que las tretas
de sus fementidas artes,
de nuestra justa venganza
ni se oculte ni se escape.
Ya el invicto Sancho cuarto
con decisión incansable
refuerza con nuestras tropas
las que de Sevilla trae,

(1) Véase nuestro Romance *Domingo Mateo de Amaya.*

y en breve para Tarifa
con un ejército parte
aguerrido y valeroso
y en número incalculable,
tanto en caballos y lanzas
como en lucido peonaje:
así, castigo hallarán
los vanidosos alardes
del funesto Aben-Yussuf
y de sus torpes secuaces.

III.

Junto á la frondosa orilla
del histórico Barbate, (1)
que por desigual terreno
lleva su quebrado cauce,
ora en angosta garganta
bullicioso sepultándose,
enturbiando entre las peñas
sus transparentes raudales;
ya por tendidas llanuras
apacible deslizándose,
vistiendo de frescas flores
y de verdor ambas márgenes,
y á las vegas de Tarifa
prestando la exuberante

(1) Según la moderna crítica histórica, cerca de este río, y no del *Guadalete* como hasta hoy se ha venido sosteniendo, fué derrotado por los árabes el ejército de D. Rodrigo.

vegetación, que es orgullo
de estos fecundos lugares;
aquí de extensa colina
en la pendiente suave,
se asientan de Aben-Yussuf
los poderosos reales.

En las barracas y tiendas,
en los toscos atalajes
que para sus usos tiene
el ejército ambulante,
obsérvase tal desorden,
desconcierto tan notable,
que bien afirmar se puede
sin riesgo de equivocarse,
que el belicoso convoy
dueño de inmenso bagaje,
hace muy contados días
que ha comenzado á instalarse
en el lugar más seguro
de tan hermoso paraje.

Pero al preferir el sitio
más seguro, es indudable,
que algo espera ó algo teme
pero peligroso y grave;
confirmando estos temores
el hecho, de que ayer tarde,
mandó á pedir con urgencia
dos mil caballos á Tánger,
y fuerzas y bastimentos
en cantidad alarmante;

todo lo cual dice claro
que se aguarda algún desastre.
Y si á lo dicho se agrega
como verdad indudable,
que el ejército cristiano
muy cerca debe encontrarse
con su Rey á la cabeza,
cuanto se piense y se hable
de tan delicado asunto
ni es ocioso ni es en balde;
además se da por cierto,
que son tan considerables
los caballeros y nobles
que vienen compaña dándole
en unión de sus mesnadas,
que ellos solos son bastantes
á provocar una guerra
y á vencer en cien combates.
Esto á Aben-Yussuf le tiene
mohíno y de mal talante,
y tanto le preocupa,
y son sus temores tales,
que en sus negros pensamientos
y en la excitación constante
de su espíritu turbado,
ha llegado á figurarse
que algún soterrado genio
le acecha para lanzarle
un horrendo vaticinio
de consecuencias fatales;

y hasta que indignado Aláh,
vengativo é implacable,
le niega su protección,
enfurecido cerrándole
las puertas del paraíso
por réprobo y por culpable.

IV.

Há un mes campan nuestras tropas
enfrente á las del alarbe,
sin que den unos ni otros
de acometerse señales,
y esto provoca un estado
de tirantez, irritante.
Uno de los caballeros
más apuestos y arrogantes,
que GARCI PÉREZ DE BURGOS
llaman; de ilustre linaje,
sacudiendo la pereza
ó la incuria inexplicable
que á los cristianos guerreros
adormecidos los trae,
así á los nobles les habla
con vivo y franco lenguaje:
«¿Qué hacéis mirando á los moros»?
«¡A ellos, *de Rondón*, (1) y á escape!»—

(1) *De Rondón*. Locución adverbial que quiere decir: intrépidamente, sin reparo, bruscamente, y también sin obstáculo, sin estorbo.

dijo, y clavó las espuelas
de su potro en los ijares,
dando un bote el noble bruto
y á la llanura lanzándose
Muchos y bravos ginetes
sobre briosos alazanes
le siguen, cruzando el campo
voladores como el aire,
y en las apretadas filas
del desprevenido alarbe
se introducen con sorpresa
tan súbita y alarmante,
que en muchas caras se vieron
del espanto las señales,
y en otras á un tiempo mismo
vergüenza, miedo y coraje.
Voces de mando imperiosas
se escuchan por varias partes;
el estridente sonido
de añafiles y atabales
llenan del extenso espacio
las desiertas cavidades;
gritos de furiosa rabia
y hasta alaridos salvajes
que juramentos semejan,
del tumulto informe salen;
tropel, confusión, barullo,
amenazas infernales
el morisco campamento
cual voraz hoguera invaden.

La espantosa barahúnda
creciendo va por instantes,
y es que ambos bandos se hallan
en lo recio del combate,
y se acometen y luchan
como sangrientos chacales:
y no cesan los aceros
un momento de chocarse
para cercenar cabezas
furibundos é implacables;
sólo el fragor de las armas
se repercute en los aires,
y con pavor suele á veces
á intervalos escucharse,
de los que hieren, blasfemias;
lamentos de los que caen.
Un desesperado esfuerzo
furiosos los nuestros hacen,
y arrollando á la morisma
con indómito coraje,
decídese la victoria,
empezando á replegarse
confusos y acobardados
los vencidos musulmanes,
y en precipitada huida
del revuelto campo vanse,
no sin que cubierto quede
de ensangrentados cadáveres.
Nuestros invictos guerreros
bañados en roja sangre,

desgarrados los vestidos
en tan desigual combate;
rotas espadas y lanzas,
maltrechos y jadeantes,
pero repletos de orgullo
con victoria tan brillante,
vuelven cubiertos de gloria
á los cristianos reales.
Mas apesar de los triunfos,
de los quebrantos, no obstante,
un rico botín de guerra
recogen al retirarse,
y al campamento del Rey
llegan vivos y triunfantes.

V.

Sabedor el rey D. Sancho
del inesperado lance
habido entre sus guerreros
y los torpes musulmanes,
quiso averiguar las causas
en sus mínimos detalles,
de quién ó quiénes hicieron
provocación semejante,
sin contar desatentado
con sus designios reales,
y amenaza enfurecido
asegurando, que antes,
juzgará como traidores
no cual vasallos leales,

á quienes de la algarada
fueron villanos causantes.
Del grupo de caballeros
uno tan sólo adelántase,
y es GARCI PÉREZ DE BURGOS,
en quien las manchas de sangre,
de las heridas que lleva
dan manifiestas señales;
destrozados los vestidos,
rotas por distintas partes
la recia y nudosa lanza
y hasta la espada tajante.
Al contemplarlo en tal guisa,
y al ver las pruebas veraces
de su valor esforzado,
y la relación que hace
de la consumada hazaña,
el Rey, tornando el semblante
de altanero y desabrido
en cariñoso y afable,
dijo al valeroso hidalgo
con acento insinuante:
«Basta, que bien lo habéis hecho,
»sellándolo con su sangre,
»y al hacerlo lealmente
»os habéis honrado honrándome;
»mereciendo tal hazaña
»que ahora caballero os arme.»
Al monarca, GARCI PÉREZ
díjole sin inmutarse:

«Señor, hijodalgo soy
»y del ilustre linaje
»del noble *Garci Sarmiento*; (1)
»que bien vuestra Alteza sabe
»fué caballero notorio
»por sus excelsas bondades.
»Déme la vuestra merced
»su venia para que marche
»á la guerra, y siga siendo
»de sus vasallos leales,
»y en vuestro noble servicio
»gloriosa muerte me alcance.»
A lo que repuso el Rey
con voz sentenciosa y grave:
«Yo os quiero armar caballero, (2)
»y desde hoy en adelante
»el renombre de RONDÓN
»llevéis y por él os llamen

(1) El origen de este caballero fué Villamayor de los Montes, cinco leguas de Lerma. Los de este linaje de *Sarmiento*, son fundadores de un monasterio de monjas, de la orden de S. Bernardo, que se llama Santa María de Villamayor, en el cual está enterrado *Garci-Sarmiento*, su fundador. A nuestro *Garci-Pérez* llamaron en Xerez *de Burgos*, por haber venido de aquella ciudad.

Véase H.ª de Xerez por el P. Rallón, t.º II, pág. 191.

(2) El Rey le armó caballero notorio y le dió por nuevo apellido *Rondón*.

Este privilegio es uno de los cinco especiales de España; el de los Calderones; el de los Monteros de Espinosa; el de los Farfanes de los Godos; el de los Medinillas y éste de los Rendones, dado en Sevilla á 18 de Octubre de 1294.

Véase Bmé. Gutiérrez, tomo II, pág. 157

»á vos y á su descendencia;
»que acción tan heroica y grande
»justo es que los venideros
»con veneración alaben.

VI.

Aseguran las Historias
con testimonios formales,
que á la intrepidez debido
y á la pujanza indomable
de GARCI PÉREZ DE BURGOS,
tan alto por su linaje
cual por su fiera bravura
probada en extremos lances,
pudo el Rey D. Sancho cuarto
sin peripecias ni azares, (1)
al fin clavar de Tarifa
en los castillos y adarve,
la santa enseña de Cristo
y el castellano estandarte.»

(1) En la Ejecutoria de nobleza de los *Rondones*, consta que se dió esta batalla el dia 21 de Septiembre de 1291. Quedaron en Tarifa guarneciéndola muchos xerezanos, y fué entregada por el Rey, con obligación de mantenerla, defenderla y guardarla, á D. Rodrigo Pérez Ponce de León.

ROMANCE VI.

FERNÁN NÚÑEZ DE AVILA.[1]

(1308)

I

A toda prisa cabalgan
sobre fogosos corceles,
que llamas abrasadoras
por sangre en las venas tienen,
varios bizarros guerreros,
cuyas lanzas relucientes
y bruñidas armaduras
y brilladores almetes,
observados á distancia
con atención persistente,
más que bélicos arreos
de lidiadores, parecen,

(1) Este ilustre xerezano cuyo antiguo apellido era *Muñoz Godo*, con solar en Avila, de donde se deriva su apellido, se halló, según afirma Bmé. Gutiérrez en su H.ª de Jerez, tomo III, pág. 134, además de la batalla gloriosa que reseñamos en este Romance, en la del Salado; estuvo asimismo, en la que fué muerto Abu-Malik por Diego Fernández Herrera; asistió á la toma de Algeciras, al sitio de Gibraltar y á la guerra que contra Aragón tuvo el rey Don Pedro el Cruel.

cuando con sus rayos rojos
báñalos el sol poniente,
ascuas de una inmensa hoguera
que el aire voraz enciende.
De una ladera frondosa
por entre el sembrado verde
á galope atravesaron
los valerosos jinetes,
hasta alcanzar la espesura
de la inculta sierra agreste,
en cuyo seno escabroso
el galopar entorpece,
ya el selvático ramaje
ó del suelo el accidente;
mas les precisa cruzarlas
por aquel lugar, á trueque,
de llegar tarde al Castillo
de Tempul, trinchera fuerte,
sobre la cual hay noticias
fidedignas y recientes,
que la contraria fortuna
amanazante se cierne.
Como esforzado caudillo
de la distinguida hueste,
va FERNÁN NÚÑEZ DE AVILA,
que en lo atrevido y valiente
habrá algunos que le igualen,
pero no quien le supere.
Van entre los que le siguen
deudos suyos y parientes

y esforzados compañeros (1)
que tal fe en la empresa tienen
y tan clara la victoria
á su decisión se ofrece,
que se les va haciendo tarde:
y el tiempo que pasa sienten
en darle al muslim osado
una prueba contundente
de la bravura y el odio,
que provocadores hierven
dentro del pecho cristiano,
que al musulmán aborrece.

II.

De la ciudad xerezana
hacia el apartado Oriente,
existe una cordillera,
cuyas abruptas vertientes
campos de opuestas regiones
con sus peñascos defiende;
de impedimento y barrera
á los de Xerez sirviéndole,
contra la torpe amenaza
de los moriscos lebreles,

(1) Dice en confirmación de ello el ilustre Bertemati en su *Discurso sobre las Historias y los historiadores de Xerez*, p. 140: «Bravo fué hasta la temeridad *Fernán Núñez de Avila*, con sus *deudos* y nobles *compañeros* que puestos los centelleantes ojos en el pendón enemigo, le persigue allende la frontera de Tempul y le arrebata la real enseña, que aumenta con sus blasones los blasones de su escudo».

por conquistar nuestra tierra
que invencible se defiende.
De la sierra pedregosa
en lo más alto y agreste,
hay un soberbio castillo,
cuya contextura fuerte
y elevación prodigiosa,
á quien lo mira sorprende;
pues las negruzcas almenas
que lo coronan, parece,
que entre las errantes nubes
en ocasiones *se pierden.*
Dos lustros escasos hace (1)
que á los cobardes infieles
el Infante de Castilla (2)
con su valerosa gente,
junta con los xerezanos
aguerridos y valientes,

(1) Aun cuando están discordes los autores consultados, respecto á la fecha en que ocurrió el hecho famoso que reseñamos en este Romance, pues mientras unos lo suponen acaecido en el año de 128', otros aseguran que fué en 1308, nos hemos decidido por la última de estas fechas por parecernos la más probable.

(2) Dice á este propósito el P. Rallón en su H.ª de Jerez, tomo II, pág. 204: «Y fué luego (año de 1300) á cercar un castillo que era de los moros de Algeciras, nombrado *Tempul*, que es muy fuerte lugar, é tan afincado estaba el Infante D. Pedro, é tan recio fué á combatir este castillo, que luego fué tomado, é tomaron los moros por él muy gran quebranto, por la pérdida que ahí ficieron de este castillo, y después que fué tomado, tornóse este Infante D. Pedro para Sevilla, de donde salió el Rey y la gente del Reino.

lo arrebató en lid sangrienta
de entre las garras aleves,
á los moros de Algeciras,
que desde esa fecha vienen
con celadas y sorpresas
tendiendo traidoras redes,
por conquistar de Tempul (1)
la fortaleza eminente.
Los cristianos vigilantes
la custodian y guarnecen
con tan solícito empeño
y con fervor tan ardiente,
que al moro en sus intentonas
audaces como frecuentes,
ni le ha valido la astucia
que cautelosa los mueve,
ni aun la esperanza del número
de sus desalmadas huestes.
Mas no por ello desmaya
ni su ambición desfallece,
que sus miradas rapaces
fijas en Tempul las tiene;
y en un rapto de soberbia
que su baja sangre enciende,

(1) El 3 de Diciembre de 1351, dió el rey D. Alonso XI por juro de heredad, el *castillo* y *villa de Tempul*, á D. Alonso Pérez de Guzmán, quien habia recibido como merced especial de D. Fernando IV, en 1312, el mencionado *castillo y término de Tempul*. (P. Rallón, H.ª de Xerez, tomo II, pág. 208.)

ha jurado será suyo,
aunque por ello le cueste
la pena de la derrota
y el suplicio de la muerte.

III.

Las continuas correrías
de la morisma impaciente,
sólo por tener en jaque
y en alarma permanente
á la milicia cristiana,
que valerosa defiende
el territorio y la hacienda,
no cesa ni retrocede
en sus audaces propósitos;
y en su obcecación no advierte
que los altivos cristianos
no se abaten *impotentes,*
ni al número ni á la fuerza
de los menguados infieles,
ni del invadido suelo
un solo palmo les ceden.
Dueños de las Algeciras,
que con empeño sostienen
los sectarios del Profeta,
por tener del mar allende
el territorio africano
que seguro les ofrece
asilo en la retirada
inesperada y urgente,

como el refuerzo inmediato
de bastimentos y gente
en los instantes más críticos
y graves, cuanto frecuentes;
señores, al fin, por fuerza
de puerto tan conveniente,
por los preciosos recursos
que del Africa les vienen,
y al interior, las algaras
repetidas é insolentes,
que al pechero, al hacendado
en espectación mantienen,
por los robos y atropellos
que sin conciencia cometen;
son las causas poderosas
que en Algeciras los tienen
sujetos y entre murallas
inexpugnables y fuertes.

Pero el afán de conquista
su sangre agarena enciende,
y cuando los campos corren
á Tempul se acercan siempre,
y la ambiciosa mirada
en sus almenas detienen,
como los hambrientos lobos
ante el corderillo inerme.

En la rapaz correría
que hicieron últimamente,
con torva intención llegaron
al pie de la sierra agreste

de Tempul, en cuya cima,
se alza el castillo potente.
Las moriscas azagayas
el aire veloces hienden,
al ser lanzadas de manos
de los muslimes rebeldes,
y aun cuando al fuerte no alcanzan,
con claridad se comprende
que provocación ó lucha
los tales hechos envuelven.
Además, en campo abierto,
y al lejos, mirarse puede
numeroso peonaje,
que en grandes masas se extiende
hacia el confín apartado
de la empinada vertiente;
y por último, más cerca,
con sus blancos alquiceles
y sus marlotas de púrpura,
se ven sobre los corceles
armados de agudas lanzas,
muchos y apuestos jinetes.
Todo anuncia á grandes voces
algún peligro inminente;
y por los aprestos bélicos
que á las miradas se ofrecen,
una sangrienta batalla
el más cándido presiente.

IV.

Del centenario Castillo
en el interior, se advierte
no acostumbrado barullo,
algazara no corriente,
por ser tranquilas y honradas
las tropas que lo guarnecen.
Pero algo anormal ocurre,
algo temible acontece
que en el ánimo de todos
nefasta influencia ejerce,
cuando presurosos corren
y acelerados se mueven;
unos buscando sus armas,
otros van echando pestes
por la escalerilla angosta
cual si despeñados fuesen;
aquél pregunta aturdido,
mientras le contesta éste
atolondrado y confuso
con frases incoherentes;
suenan golpes en el suelo,
chirridos en las paredes
de algo que rueda y se cae
ó que choca fuertemente;
todo ello, acompañado
de palabrotas soeces,
á grito herido lanzadas
ó ya dichas entre dientes.

En el patio del Castillo,
el patear impaciente
óyese de los caballos,
y de acá para allá, vense,
escuderos con monturas
y con ferrados arneses,
que aun sin mirarlos colocan
á cada cual diligentes,
éstos á los caballeros,
y aquéllas á los corceles.
Todo anuncia sin ambajes
ni disimulos prudentes,
que el instante se aproxima
inesperado y solemne
de partir á la pelea
contra el muslim insolente,
que há tres días acampado
está del Castillo enfrente,
y provocador aguarda
que la batalla comience.

V.

Enmedio de tal barullo
que la cabeza enloquece
y á los excitados nervios
en continua tensión tiene,
se ve mudo, preocupado,
y aunque callado, impaciente,
al Alcaide del Castillo
de uno á otro lado moviéndose,

en ocasiones pausado,
precipitado otras veces,
cabizbajo, cejijunto,
y de mal talante siempre:
es seguro que en su pecho
hay tempestades latentes,
y que si del pecho abortan
furibundas é imponentes,
arrollarán destrozando
lo que ante su paso encuentren.
Hacia el cerrado rastrillo
con terca ansiedad se vuelve,
cada vez que en sus paseos
pasa del rastrillo enfrente,
y contrariado murmura
frases que apenas se entienden,
pues es su iracundia tanta,
que la palabra rebelde
tiembla al salir de los labios
y en ellos trémula muere.
Así el tiempo se pasaba;
así los instantes breves
que en los momentos de angustia
duración eterna tienen,
sin que la ansiedad se calme,
ni sus ardores se templen;
cuando en su intranquila marcha
detúvose de repente,
y como quien olfatea
la presa que se apetece

y que se busca afanoso
con insistencia vehemente,
quedó parado á pie firme
cual si clavado estuviese
en el pedregoso suelo;
y alzando la adusta frente,
antes ceñuda y sombría,
ahora tersa y casi alegre,
ávido y atento escucha
ecos lejanos y leves
de un rumor que sus oídos
con emoción viva hiere;
y...—¡Pronto al rastrillo! grita;
¡paso libre á los que vienen!
En efecto, jadeante,
en el rastrillo aparece
con FERNÁN NÚÑEZ DE AVILA
su hidalga y lucida hueste.

VI.

Aun poblaban el espacio
las tupidas lobregueces,
que la sosegada noche
con grave silencio tiende,
cuando á bajar comenzaron
por la escabrosa pendiente
de la sierra enmarañada
por el ramaje silvestre,
el belicoso peonaje
y los bizarros jinetes,

que FERNÁN NÚÑEZ DE AVILA
acaudilla; que obedientes
todos, pequeños y grandes
á su mando se someten,
pues saben que bien probado
el valor heroico tiene,
y que el odio á la morisma
su sangre cristiana enciende
con fuerza tan poderosa
y con llamas tan ardientes,
que al decidirse indignado
á luchar con los infieles,
no hay poder que le detenga
ni peligro que le arredre.
Así, que la confianza
los ánimos enardece
en proporciones tan grandes,
que hasta el más débil se cree,
capaz de vencer él solo
toda la enemiga gente.
Cuando empezó la mañana
vaporosa cuanto alegre,
á esparcir sus claridades
desde el apartado Oriente,
llegó á la extensa llanura
FERNÁN NÚÑEZ con su hueste,
y tomando posiciones
de los muslimes enfrente,
á una señal convenida
los dos bandos se acometen

con furor tan enconado
y rabia *tan imponente,*
que la carnicera lucha
tal horrible aspecto adquiere,
que más que lucha de hombres
de hambrientos lobos parece.
Los rallones y azagayas
son tantos y tan frecuentes,
que instantes hay, que del cielo
la clara lumbre obscurecen,
y asoladora ruina
siembran y espantosa muerte.
Los cristianos mucho atacan;
mucho con su arrojo pueden,
y prodigios de bravura
tan inusitados vense,
que cada empuje es un rasgo
de abnegación sorprendente.
Pero mucho se resisten
los castigados infieles,
que antes la ardorosa lucha
al vencimiento prefieren,
por lo que desesperados
como fieras se defienden,
y no hay medios que no pongan
ni recurso á que no apelen.
En uno de esos empujes
furiosos y efervescentes
con arrojo temerario
que su vida compromete,

el invicto NÚÑEZ DE AVILA
se lanza como un rehilete,
al lugar donde el muslime
su Real enseña tiene,
y con valor tan heroico
al que le lleva acomete,
que el pendón apetecido
triunfante del moro obtiene,
después de sangrienta lucha
y de heridas tan crueles,
que á no encontrarse en las manos
de tan esforzado héroe,
el pendón, lo recobraran;
pues la roja sangre hirviente
que se escapa á borbotones,
tras sí lleva el vigor fuerte,
y no hay brazo que no rinda
ni cuerpo que no doblegue.

El desconcierto y el pánico
en tales términos crece,
juntos con el vocerío
y alaridos estridentes,
que de acorraladas fieras
y no de humanos parecen;
y al ver su pendón, trofeo,
del cristiano, se revuelven
rabiosos y enfurecidos
como turba de dementes.

Mas al contemplar los últimos
rotas sus filas, sin jefes,

y á todos que atropellados,
hasta los mismos jinetes,
huyen á la desbandada
por caminos diferentes,
antes de ser prisioneros
pasar por cobardes quieren,
y en precipitada fuga
del llano desaparecen;
mas dejándolo cubierto
de cadáveres inertes,
que el alto triunfo pregonan
de nuestras heroicas huestes.

VII.

Así Fernán Núñez de Avila
ganó los trece röeles, (1)
que no cual moriscas lunas,
sino cual soles lucientes
habían de bañar profusos
con resplandores perennes,
lo glorioso de su hazaña
de su escudo los cuarteles, (2)

(1) Afirma Parada en sus «Hombres ilustres de Xerez» que los trece roeles que aparecen en el escudo de *Fernán Núñez de Avila*, están en memoria de las trece lunas bordadas que tenía el Real pendón ganado á los moros por dicho caballero en la batalla de *Tempul*. El P. Rallón, agrega á los roeles: «Dos águilas á los lados de un pino, en campo de oro.»

(2) El escudo del noble linaje de los Dávilas ó de Avila, lleva en campo de oro dos águilas negras coronadas de oro y lenguas rojas, y en medio de ellas un

que nobles hechos pregonan,
y con signos indelebles
á través del tiempo digan
á las venideras gentes,
cuánto puede el heroísmo,
la abnegación cuánto puede
si es la defensa legítima
de la patria quien los mueve,
ó del honor ultrajado
la indignación vehemente,
que ni tiembla ante el peligro
ni cobarde retrocede.

pino, bajo cuyas raices se descubre un roel, y los otros doce, todos de color azul, seis van debajo de cada águila y á cada lado del pino.

Vèase la casa núm. 11 de la plaza del Arenal, el escudo situado al pie del modillón primero de la izquierda, y la casa magnífica de los Dávilas, plaza de Benavente.

En una casa de la calle del *Canto* que hace esquina frente á las *Siete Revueltas* (Melgarejo), hay un escudo de esta noble familia sobre la portada; lleva una orla de nueve aspas.

Algunos de este linaje, como son los Rendones, usan los trece roeles por orla.

ROMANCE VII.

DIEGO FERNÁNDEZ DE HERRERA.[1]

(1339)

I.

Era del brumoso Octubre
uno de los días postreros,
y á su término tocaba
el año de mil trescientos
treinta y nueve, año de luchas
y de zozobras sin cuento.

(1) El apellido de *Herrera* no fué conquistado, como afirma Bartolomé Gutiérrez en su *Historia de Xerez*, tomo II, pág. 199, en el acto heroico que reseñamos en este Romance; puesto que en el *Libro del Repartimiento* de Casas de 1266, figura en la collación de San Juan, Domingo Gonzalo de Herrera, abuelo del héroe mencionado; el mismo Bartolomé Gutiérrez niega tal parentesco, indicando como abuelo del citado héroe á *Diego Ferrans*, con casa en la collación de San Marcos.

Tienen por armas dos calderas de oro sobre campo rojo con orla de calderas y pendones, signos de rica hombría.

Frente á la iglesia de San Mateo, se conserva en el muro de una casa, un escudo en mármol con dos cuarteles, en uno de los cuales se ven las armas de los *Fernández de Herrera*.

En la *ciudad de Xerez*,
bizarro y heroico pueblo
que llenó el suelo de España
de esforzados caballeros,
desde temprano se observa
desusado movimiento
de señores linajudos,
que, abstraídos y en silencio,
cruzan las estrechas calles
desde el uno al otro extremo,
baja la altiva cabeza,
fruncido el adusto ceño;
de hidalgos que van y vienen
á buen paso y mal contentos,
según llevan de mohíno
y mal encarado el gesto:
pelotones de soldados
y corrillos de pecheros,
que con avidez atisban
y murmuran con recelo,
del que sube y del que baja,
pobre ó rico, mozo ó viejo.
Es indudable que todos
los moradores del pueblo,
algo temen y algo esperan,
pero terrible y siniestro.

II.

Bajo la espaciosa nave
del hermoso y santo templo

de San Juan, al que los fieles
llaman *de los Caballeros*, (1)
aparecen congregados,
en haz compacto y espeso,
nobles de elevada alcurnia,
hijosdalgos de abolengo,
magistrados y golillas,
los patronos del Concejo,
soldados de edades varias
de marcial y franco aspecto,
aunque los más son vulgares,
y de distinción los menos.
Todos en montón confuso
agítanse con empeño,
y se oprimen, se codean,
se empujan y pisan ciegos,
pues cada cual ambiciona
ser de todos el primero.
Pronto en el aire resuena
un prolongado siseo,
que cual eléctrica chispa
va el concurso recorriendo,
y varias veces se oye
con acentuado imperio,
repetida la palabra
sacramental de *¡silencio!*

(1) Respecto al origen probable del cognomen de *Caballeros* dado á este templo, véase la nota primera del párrafo V del anterior *Romance* dedicado á *Domingo Mateo de Amaya*.

Calla el ruidoso gentío,
y con profundo respeto
todos á escuchar se aprestan
las razones ó consejos
que va á darles el ilustre
Prelado de Mondoñedo
don Alvaro de Viedma,
militar y Obispo á un tiempo;
si como clérigo, sabio,
valiente, como guerrero.

III.

—Há seis meses que sufrimos
apretado y duro cerco,
que el rey de las Algeciras
obstinado nos ha puesto;
(dice el ilustre caudillo
con *emocionado acento*)
Hasta aquí hemos resistido
y luchado como buenos;
pero las fuerzas nos faltan,
mientras crecen las de ellos.
Ellos la salud disfrutan
del que vive en campo abierto;
nosotros las privaciones
y los tristes sufrimientos,
de los que de altas murallas
se ven encerrados dentro.
Y... de ello hablar no quisiera,
porque me desgarra el pecho;

mas lo diré, aunque me cueste
hondísimo sentimiento.
El hambre ya ha desplegado
su fúnebre pendón negro,
y á todo el pueblo cobija;
á los grandes y pequeños.
El duro pan que hasta hoy
nos dió el único sustento
durante un mes, mitigando,
el dolor del cuerpo hambriento,
se acabó con la esperanza
de exterminar al ejército
formidable, de los hijos
del arenoso desierto.
Réstanos sólo un recurso
en tan aciagos momentos;
morir en sangrienta lucha,
antes de entregar el cuello
á la bárbara cuchilla
del cobarde sarraceno;
y si morir, como bravos
peleando, no podemos,
por resistirse á la lidia
la endeblez de nuestro cuerpo,
por el hambre extenuado
y por las fatigas muerto,
de NUMANCIA y de SAGUNTO
la abnegación imitemos.--
Aún de las palabras últimas
escuchábanse los ecos,

cuando del compacto grupo
adelántase un mancebo,
de noble y viril presencia,
y de continente apuesto,
y al insigne Obispo dice
con aire firme y resuelto:
—Señor, xerezano soy,
del honor humilde siervo,
nieto del valiente Herrera,
que dió sangre de su pecho
por rescatar del *moslime*
este codiciado suelo.
Sabed, señor, que ahora y siempre
á morir estoy dispuesto
por la patria; mas de hambre,
cobarde fuera, teniendo
frente á frente al enemigo,
y al cinto el tajante acero.
Sé las costumbres y el habla
del astuto sarraceno,
aprendidas cuando niño
en obscuro cautiverio;
y soy capaz de internarme
del moro en el campamento,
y darle muerte al odioso
Abu-Malik, que es el dueño,
príncipe, señor y jefe
de los moriscos ejércitos.
Ayudad vos esta empresa
con vuestros bravos guerreros,

y aprovechando el instante
de general desconcierto,
que ocurrirá, cuando miren
al infiel *Picazo* (1) muerto,
cargad sobre el enemigo
con belicoso denuedo;
que abrigo la confianza,
y aun más, la certeza tengo,
de que en el primer embate
ha de ser el triunfo nuestro.—
Con tal fe y aplomo tanto
habló el valiente mancebo,
que todos los allí juntos,
atónitos y en silencio
contemplándole quedaron;
hasta que el de Mondoñedo,
le dijo: ¿Por Dios juráis
cumplir lo que habéis propuesto?
—Por Dios bendito lo juro,
por mi honor de caballero.
Falta sólo que mañana
con los instrumentos bélicos,
de atabales y clarines,
hagáis con fragoso estruendo
una señal convenida.
—Hora.

(1) El apellido *Picazo*, que llevaba uno de los *cuatro Juanes*, y que aun se conserva en Xerez en familias humildes, tiene su origen en el que daban al moro muerto en esta jornada memorable.

—La del alba.
—Presto
marchad, y Dios nos ayude;
que á vos, heroico mancebo,
os dará valor y amparo
la Virgen de los Remedios. (1)

IV.

Desde el lejano Occidente
lanza sus rayos *postreros*
el sol, entre parda bruma
y entre celajes envuelto.
Sobre blanca, hermosa yegua,
voladora como el viento,
á todo escape cabalga
un *moslim*, joven y apuesto,
lanza en cuja, gumia al cinto,
y al lujoso arzón sujeto
va pendiente el corvo alfanje,
que es de damasquino acero.
Ancho turbante le sirve
de marco al rostro trigueño,
donde, cual ardientes ascuas,
centellan dos ojos negros.
Lleva, como distintivo
de su elevado perjenio,

(1) Era especial la devoción que en este tiempo tenían los caballeros xerezanos á Nuestra Señora de los Remedios, cuya sagrada imagen fué hallada en un vano de la muralla de la Puerta del Real.

en vez de alquicel, *chilaba*
con adornos de alto precio:
oro, sedas, apostura;
todo, nos da como cierto
que el *africano* jinete
es un señor opulento,
un *walid* de regia estirpe,
ó algún *jeque* de Marruecos.
Quienquier que sea, impaciente,
va por sendas y linderos,
atravesando á galope
sin marcado derrotero,
los sembrados que el alarbe
taló, de venganza ciego.
Y así rápido camina
y va por los campos yermos,
que próximos á Sidonia
se extienden como desiertos,
forzando á la noble yegua,
que atrás deja el raudo viento.

V.

En el horizonte, apenas
dibuja su albor primero
vaporosa la mañana,
disipando el manto negro
que á la tenebrosa noche
guarda entre sombra y misterio.
Bien cerca del turbio Lete,
en unos llanos inmensos,

acampa de la morisma
el beligerante ejército,
y donde *quiera hay señales*
de militar vivaqueo.
Al lado, sobre la cumbre
de un alto empinado cerro, (1)
álzase la blanca tienda
del temido *Infante Tuerto*:
todo en la quietud reposa,
todo duerme en el silencio
que de vez en cuando turba
el alerta soñoliento
del vigilante atalaya.
De súbito, interrumpiendo
la tranquilidad del campo
y el apacible sosiego
que reina en las dulces horas
del amanecer risueño,
atabales y clarines
tocaron con tal estruendo,
tal confusa algarabía
de lejano clamoreo,
tal tropel de gente armada
y agudos gritos se oyeron,

(1) Dicho cerro está situado cerca del puente de la Cartuja y es conocido, hasta del vulgo, con el nombre de *Cerro ó Cabeza del Real;* nombre que á través de los tiempos ha llegado á nuestros dias, aun cuando no esté tan vulgarizado como debiera, el hecho gloriosísimo que le dió origen.

que las tropas agarenas
pusiéronse en movimiento,
y las repetidas voces
de alarma, pronto invadieron
hasta los rincones últimos
del morisco campamento.
Sonaron los añafiles
con atronadores ecos;
voces de mando, imperiosas,
en todas partes se oyeron;
unos montan á caballo,
otros los disponen presto,
los de aquí buscan sus armas,
y las requieren aquéllos,
los más azorados corren
con grande desasosiego:
hay espanto en muchas caras,
serenidad en las menos.
Todos impacientes miran
hacia el empinado Cerro
en donde el Real se asienta,
aguardando den comienzo
las primeras maniobras
y los anuncios primeros,
de apercibirse á la lucha
contra el enemigo fiero,
pues por instantes avanzan
los cristianos hacia ellos.
Mas enfrente de la tienda
de Abu-Malik, todos vieron

un pelotón de los suyos
los alfanjes esgrimiendo,
y oyéronse bien distintos,
maldiciones, juramentos,
alaridos angustiados
y el chocar de los aceros.
Del pelotón, vióse á poco
cual una flecha ligero,
partir sobre blanca yegua
al incógnito guerrero
que atravesó por la noche
el morisco campamento,
cual súbdito del *Infante*
y de Aláh rendido siervo.

VI.

Los aguerridos cristianos
como chacales hambrientos,
han penetrado veloces
en el enemigo cerco,
dando con feroz empuje
á la matanza comienzo.
La morisma alborotada
sin más recursos ni medios
de defensa, que la huída,
en tan impensado encuentro,
ávida á sus jefes busca,
como salvador remedio
contra el infernal desorden
y el reinante desconcierto

que es nuncio de la derrota
buscada por tanto tiempo,
y esta vez puesta al alcance
de los cristianos guerreros.
Repléganse del Real
hacia el empinado Cerro,
y allí, frente de su tienda,
con terror pánico vieron
al caudillo Abu-Malik
tendido en el duro suelo,
con ancha y profunda herida
que le ha desgarrado el pecho.
Sus leales le contemplan
consternados y en silencio,
y hay espanto en unos rostros,
en otros dolor sincero,
en algunos honda rabia,
y en todos el desaliento.
Pero los cristianos llegan
con belicoso denuedo,
y al desconcertado alarbe
acometen, de ira ciegos,
y rueda un infiel por tierra
á cada tajo certero.
Crece con furor la lucha,
la refriega va en aumento,
y sólo se escucha en torno
el fragor de los aceros
que se cruzan y golpean
con salvaje ensañamiento;

bramidos del que provoca,
de quien lucha el rugir fiero,
amenazas, del que hiere
y del herido lamentos.
Un pelotón de cristianos
que llega como refuerzo,
hace que el terror aumente
en el enemigo ejército,
y hay muchos que acometidos
por los espasmos del miedo,
quedan fuera de combate;
otros se alejan huyendo
en cobarde retirada,
y pocos son los que tercos
insisten en la victoria,
peleando con empeño.
Al mirar los xerezanos
cual merman los sarracenos,
y que las filas se aclaran
con los idos y los muertos,
todos juntos se disponen
á hacer el postrer esfuerzo,
y al mando del valeroso
Obispo de Mondoñedo,
tan atroz acometida
á los enemigos dieron,
que al primer choque quedaron
los pelotones deshechos,
y en dispersión vergonzosa
á la desbandada huyeron,

no sin que el suelo dejaran
de cadáveres cubierto.

VII.

En la Puerta del Real
llamada del Marmolejo,
bulle, charla, se impacienta
y se estruja sin respeto
á la vejez ni al estado,
á la distinción ni al sexo,
una multitud ansiosa
de ver el herido cuerpo
del gran FERNÁNDEZ DE HERRERA
que al moro *Picazo* ha muerto.
Há un instante, que vestido
con el traje sarraceno,
sobre voladora yegua
del campo enemigo ha vuelto,
por los moros acosados
y mal herido por ellos.
De mortales cuchilladas
tiene acribillado el cuerpo,
desgarrados los vestidos,
de sangre el rostro cubierto;
ni un suspiro, ni una queja,
ni aun apenas el aliento,
salen en señal de vida
de sus labios entreabiertos.
Sobre los robustos hombros
de alguaciles y escuderos,

á las órdenes sumisos
de Regidores y médicos,
DIEGO FERNÁNDEZ DE HERRERA
fué llevado al santo templo
de San Dionís, donde hizo
la ciencia el último esfuerzo
por restituir el héroe
á su patria y á sus deudos.
Mas resultaron fallidos,
inútiles los intentos
de los sabios, que la vida
devolverle pretendieron;
y quince días pasados
de pruebas y de tormentos,
á Dios entregó su espíritu
el bizarro caballero, (1)

(1) Los gloriosos restos de *Diego Fernández* de Herrera, fueron *sepultados con gran pompa* en la cripta de San Marcos, donde fué hallada en 1755 una lápida con la inscripción siguiente:

«Aquí yace el magnífico y muy noble y esforzado »caballero, gran libertador de su patria Xerez, Diego »Fernández de Herrera, que mató al Infante Tuerto, y »á costa de su vida la libró de su gran poder, año de »1339.»

El P. Rallón asegura en su H.ª de Xerez (tomo II, cap. XIX, p. 274), haber leído un acuerdo del Cabildo, «que ordena y manda que esta batalla y suceso se pin»te en la plaza del Arenal, en las casas de el Corregi»dor, de cuerpos grandes, y que se renueve siempre »que la necesidad lo pida para que no se pierda la me»moria de ella.» Bmé. Gutiérrez dice en su *Año Xeri-*

que dió su preciosa sangre
por redimir á su pueblo,
del odioso y torpe yugo
del invasor sarraceno.

---

ciense, que estuvieron visibles hasta el año 1676; ignorándose por qué no se renovó su pintura, habiéndose acordado por la Ciudad que así se hiciera.

ROMANCE VIII.

APARICIO GAITÁN [1]

(1340)

A mi excelente amigo D. Antonio Roma.

I

Con turbulencias sin cuento
que daban pavor al ánimo,
esperanzas y temores
juntamente despertando,
aunque siempre las primeras
encuentren más hondo arraigo;

(1) El héroe de este *Romance*, noble por su linaje y descendiente de los primeros pobladores de Xerez, cuenta por sus ilustres progenitores á *Juan Gaitán* y á *D.ª Eufemia*, su mujer, hija del célebre *Garci-Gómez Carrillo*.

Llevan por armas trece veneras ó conchas de oro sobre campo azul, y sobre ellas la cruz roja de Jerusalem, signo de descendencia de los Cruzados.

En la puerta izquierda de la sala principal de la casa núm. 10, calle *Cabezas*, existe un escudo de esta familia con otro de los Torres.

teniendo en jaque á las huestes
del monarca castellano,
las continuas algaradas
del islamita menguado,
inquieto se deslizaba
y entre zozobras, el año
de mil trescientos cuarenta,
si revuelto, afortunado;
pues que en León y Castilla
Alfonso onceno reinando,
y siendo á más de los suyos
por la alteza de sus actos
con merecida justicia
el *Justiciero* llamado,
abrigan la confianza
unánime sus vasallos,
lo mismo el magnate ilustre
de castillo blasonado
que el paciente y ruín pechero
del tosco terruño esclavo,
de que tan grande monarca,
nieto de *Santos* y *Sabios*
ha de ser en sus empresas
por el triunfo coronado;
un desastre fuera indigno
de su valor y su rango,
que hirviente corre en sus venas
la sangre de aquel rey *Bravo*,
que adquirió gloria y renombre
con el infiel batallando.

II.

Comenzaba el mes de Octubre
del ya referido año,
y presentaba Xerez
movimiento desusado
en sus calles y plazuelas,
de gentes, que sin descanso,
en direcciones distintas
iban alegres cruzando.
Aquí y allá pelotones
de pecheros y soldados,
frases ligeras y agudas
unos con otros cambiando,
uniendo á cada palabra
el preciso manotazo.
En sitio aparte discurren
más tranquilos los hidalgos,
si bien se escucha entre ellos
tal cual fogoso diálogo,
en que se afirma ó comenta
algún hecho ó lance vario;
ya la marcha de la guerra,
ya el temor de algún asalto,
ya el desastre que en Redira
sufrieron los africanos,
donde su primer victoria
ha la Mesnada alcanzado; (1)

(1) Según asegura el analista xerezano Bartolomé Gutiérrez (tomo II página 203) no se hace mención

ya la pertrechada fuerza
de peones y caballos
que llegan de varios puntos
con fervoroso estusiasmo
á castigar las audacias
del musulmán desalmado;
ya del arrogante Alfonso
el caritativo rasgo (1)
cuando en la puerta del templo
á un pobre *dió cien cornados;*

---

de los mil caballeros de la Mesnada ó guardia Real, que envió de refuerzo á Xerez Alonso XI, hasta la batalla de Redira, después de la cual entraron victoriosos con su pendón en Xerez.

(1) No es de extrañar este caritativo rasgo del Monarca, siendo así, que regaló á la ciudad su magnífica batería de cocina, para que se fundase con su producto el Hospital de Nuestra Señora del Pilar.

También regaló Alonso XI, según afirma Grandallana en sus *Monumentos de Xerez*, á la parroquia de San Lucas, después de la famosa batalla del Salado, la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que se venera en el citado templo; dicha imagen, dice, es la que el Rey llevaba en su oratorio de campaña.

Nuestro analista Bartolomé Gutiérrez, refiere en el año 1264, que «en San Lucas es tradición inmemorial dejó el rey Sabio la imagen que allí se venera hoy con el título de Guadalupe, que entonces debió ser de Guadalupia, que suena *rio turbio*, y era la que dicho Rey traia consigo.»

El P. Rallón opina en su H.ª de Xerez, t.º II, página 304, que Alonso XI fué quien regaló dicha imagen, fiel retrato de la que se venera en el Santuario de Guadalupe: esta última opinión parece la más conforme con la sustentada por autores respetables, y por consiguiente la sentada por Grandallana, quien parece abrevado en las mismas fuentes históricas que el Padre Rallón.

lo rendido que á las damas
saludó siempre á su paso
y cual ellas respondían
con semblante alborozado; (1)
y por último, las nuevas
que de Tarifa han llegado,
en que se cuenta y refiere
y se hacen mil comentarios
del trance en que Abul-Hassán (2)
con todos sus coligados,
han puesto en su duro cerco
á los heroicos cristianos;
y aun se asegura y se afirma
con cautela y por lo bajo,
que ayer escribió la Reina (3)
para que en urgente plazo
su padre vaya á Sevilla
con sus mejores hidalgos,
y juntos los dos Monarcas
con los nobles castellanos,
al punto á Tarifa marchen;
pues el lamentable estado

(1) La *Semana Santa* del año 1340, la pasó Alonso XI en esta ciudad, en cuya Iglesia Mayor asistió á los Divinos Oficios. (Vèase B. Gutiérrez, t.° II, pág. 203.)

(2) Es el nombre de este Emir de Marruecos, que algunos autores llaman Alboacen.

(3) En efecto; en Septiembre de 1340, D.ª María de Portugal, esposa de Alonso XI, á instancias de éste, escribió de nuevo á su padre, el rey de Portugal, excitándole á que viniera en persona en ayuda de su marido: Alonso IV lo prometió así.

(Lafuente, *Historia de España.*)

en que el muslim ha sumido
á los guerreros cristianos,
exige allí su presencia
y aun más, el pronto reparo
que ha de darle con sus armas
vidas de *infieles segando.*

Pero la postrer *noticia*
que insistente ha circulado
desde el tugurio del pobre
hasta el hogar del hidalgo,
lo mismo entre los pecheros
que entre el magnate infulado,
es que el grueso de las tropas
partirán en breve plazo
á la asediada Tarifa;
caballeros xerezanos,
los mejores ballesteros
y los lanceros más bravos,
y escuderos y peones
en su compaña llevando.

Por ello charlan gozosos
en corrillos animados
rico y pobre, mozo y viejo,
el instante deseando
de que empiece la partida,
para probarle al malvado
sarraceno, cuánto valen
las armas de los cristianos;
y que los hijos del héroe
que mató al moro *Picazo*,

sabrán honrar su memoria
cabezas mil cercenando.

III.

En Hispalis la Sultana,
que arrebató San Fernando
con el poder de su acero
de las muslímicas manos,
en esa región dichosa,
rica perla del Andálus,
donde soñó el islamita
voluptuoso, que acaso,
debió existir del Profeta
el paraíso encantado;
en esa ciudad se halla
Alfonso onceno esperando
con inquietud manifiesta
y hondamente contrariado,
pues no viene quien aguarda
entre los que van llegando.
Y es lo cierto que han venido
muchos ilustres Prelados,
los maestres de las órdenes
de Alcántara y Santiago,
don Juan Manuel, el infante,
don Diego López de Haro,
don Alfonso de Alburquerque,
el gran Fernández de Castro,
y en fin, toda la nobleza
que en el reino castellano

su honor y fe dió al monarca
y vasallaje probado;
pero el que impaciente aguarda
ó no viene ó llega tardo.
Tiene la formal promesa
de su suegro Alfonso cuarto
de Portugal, y no obstante,
el monarca castellano
está febril de impaciencia
y de aguardarle cansado.
Es en balde que conforte
con esperanzas el ánimo
de los leales que en Tarifa
están refuerzo esperando;
porque con las esperanzas
no ha de aliviarse el estado
insostenible del cerco,
más duro cuanto más largo.
Y crece la incertidumbre,
y la duda crece tanto,
que toma cuerpo en su espíritu
intranquilo y exaltado,
la vergüenza de un desaire
del monarca lusitano.
Mas pronto se desvanece
ese temor infundado,
al oír con regocijo
que uno de sus cortesanos
alborozado le anuncia
del rey el arribo fausto,

y seguido de un ejército
compuesto de mil caballos
y numeroso peonaje
obedientes al mandato,
de linajudos caudillos
y valientes hijosdalgo.
A la mañana siguiente
cuando sus reflejos pálidos
apenas mostraba el alba
en los confines lejanos,
las mesnadas belicosas
á Sevilla abandonaron,
y á la asediada Tarifa
llevan ansiosos sus pasos,
que allí el deber y el honor
con ecos desesperados,
como á patricios los llaman
y también como á cristianos.

IV.

Con la fuerza de una tromba
y la presteza del rayo,
una importante noticia
por Xerez ha circulado,
invadiendo presurosa
los más escondidos ámbitos
de la población que unánime
comenta con entusiasmo.
Sábese de ciencia cierta
que el ejército cristiano

por camino de Sevilla
acércase á largos pasos
y que hacia Tarifa marcha
en socorro de los bravos
que de sus murallas dentro
están como encarcelados.
En voz alta se asegura,
que es tan nutrido y bizarro
el ejército que al rey
escolta le viene dando,
tal el número de nobles
de infantes y de prelados,
de caballeros ilustres,
de Concejos, hijosdalgo,
mesnaderos valerosos
y de leales vasallos,
que no viene á la memoria
el recuerdo, ni aun lejano,
de tan escogido ejército;
mayor en número, acaso;
mas tan ilustre, imposible
que se haya nunca juntado:
¡hasta el rey de Portugal
viene al nuestro acompañando
Esto se afirma y repite,
se divulga y vuela rápido,
proporciones gigantescas
en la carrera tomando,
hasta ponerse del cuento
los mil ribetes fantásticos.

En lo que no cabe duda
ni cupo jamás engaño,
es en afirmar que todos
los valientes xerezanos,
de común y noble acuerdo
las armas requieren ávidos
y á la partida se aprestan,
por sus caudillos llevando,
al sin par Villavicencio
prudente cuanto esforzado;
á Fernández Valdespino
el incansable luchando;
y á Dávila y á Zurita,
cuyo valor han probado
en cien reñidas batallas,
contra el musulmán nefando.
Así de Xerez salieron
los peones y caballos,
las más aguerridas lanzas
y ballesteros más prácticos,
y hasta un pelotón nutrido
de pecheros y villanos,
de bastimentos y armas
provistos y pertrechados,
y en dirección á Tarifa
van con ardiente entusiasmo,
que allí, en la Peña del Ciervo, (1)
el monarca castellano,

(1) Lugar situado á dos leguas de Tarifa, en el cual acamparon las tropas confederadas. En la distribución

para reforzar sus huestes
está impaciente esperando
y á más, que mucho confía,
en el valor denodado
que siempre mostró en la guera
el heroico xerezano. (1)

V.

A la una y otra margen
del río que llaman *Salado,*
dos belicosos ejércitos
hace tiempo, que acampados
en las extensas llanuras
están, sin duda aguardando,
que de la sangrienta liza
arribe el momento infausto.
Pronto la noticia corre
de que el choque ha comenzao,
y de Abul-Hassán la tienda
es víctima de un asalto
intrépido y formidable
de los fieros *castellanos,*

que hizo Alonso XI de los ejércitos, dice la Crónica que en la colina llamada *Peña del Ciervo,* fueron colocados «los labradores y omes de poca valía.»

(1) Tal era la estima en que Alonso XI tenía á los caballeros xerezanos, que les concedió en 20 de Abril de 1344, un Privilegio en virtud del cual podían elegir entre ellos, uno cada año, para Escribano Mayor del Crimen y Alguacilazgo mayor de la Cárcel, *en gratitud á lo mucho que dichos caballeros le habían ayudado en la guerra de Algeciras.*

que con salvaje denuedo
é impetuoso arrebato,
ni uno de los cien zenetas
que la están custodia dando
y velan por las esclavas,
la propia vida ha salvado.
Entre la morisma cunde
el desconcierto y el pánico,
y es la matanza tan grande,
el ensañamiento tanto,
que al muslim que el nuestro alcanza
sucumbe de un solo tajo.
En lo más recio y furioso
del combate sanguinario,
cuando de iracundia ciego
el ejército cristiano
como carnívoras fieras
peleaban sin descanso,
cabezas de los infieles
furibundos cercenando,
del pelotón de aguerridos
intrépidos xerezanos,
salió arrogante mancebo
así á los de Lorca hablando:
—Sabed, bravos camaradas,
que es el momento llegado
de ganar fama y renombre,
algún hecho realizando
digno de este día glorioso.
Al Pendón acometamos

que lleva Benamarín
con riquísimos bordados,
y á las nuestras, de seguro,
ha de pasar de sus manos,
no sin que pierda la vida
en el repentino cambio.—
Y cual chacales hambrientos
á la empresa se lanzaron,
por las apretadas filas
del agareno cruzando,
hasta llegar victoriosos
donde el Pendón codiciado.
Después de luchas y choques
valerosos y titánicos,
al infiel, con la existencia
el Pendón arrebataron.
Mas APARICIO GAITÁN
el ilustre xerezano
y Juan Guevara el de Lorca,
con arrojo temerario
á un tiempo el rico trofeo
codiciosos apresaron, (1)
cada cual atribuyéndose
el derecho á conservarlo
como legítimo dueño
y en fiera lid conquistado.

(1) Barahona afirma en su *Rosal de Nobleza*, que el pendón fué derribado por los de Xerez; pero que llegando al mismo tiempo los de Lorca le echaron mano.

Después de viva disputa
relativa á cuál de ambos
debía consigo llevarse
joya de precio tan alto;
se convino en que acabada
la campal lucha, en el acto,
al Rey los dos acudiesen
su justicia demandando,
y jurar acatamiento
á su inapelable fallo.
Así fué, y así lo hicieron
cual honorables hidalgos,
y á buscar fueron al Rey
la campaña atravesando,
donde se hallaban los muertos
en montones hacinados,
cuyo incalculable número
llenaba de horror y espanto
al corazón más entero
y al pecho más esforzado:
hasta las aguas tranquilas
del antes limpio *Salado*, (1)
en charco inmenso de sangre,
hirviente y roja, trocado,
quedóse para escarmiento
del repulsivo africano.

(1) Dióse la célebre batalla del *Salado* según afirma el ilustre xerezano y Arcipreste de León D. Diego Gómez Salido, contemporáneo del hecho, el día 30 de Octubre de 1340.

VI.

Sometido al recto juicio
del monarca castellano
cuál de los dos caballeros
valerosos y esforzados,
que de manos del *moslime*
el Pendón arrebataron,
debe llevarlo consigo
y orgulloso conservarlo,
si Juan Guevara el de Lorca
ó GAITÁN el xerezano.
Respondió grave y sesudo
el monarca á los hidalgos:
que puesto que en lid sangrienta
los dos el pendón ganaron,
fuere el asta del de Lorca (1)
y el lienzo del xerezano.
Obtuvo Xerez, por modo
tan glorioso cual bizarro,
el histórico Pendón
que nombran *Rabo de gallo*, (2)

(1) En Lorca, dice el P. Rallón, se conserva hoy el asta que guarda aquella ciudad, engastada en plata, y la sacan en las fiestas públicas y más solemnes de aquella ciudad. La mía (Xerez) hizo tanto aprecio de esta joya, que tomó este pendón por señal é insignia suya y lo depositó en la iglesia del Sr. Santiago, donde parece, por instrumentos públicos, que estaba el año de 1466.

(2) El actual Pendón que se exhibe en la procesión cívica del día del Sto. Patrono de Xerez es el auténtico

y que en mil reñidas luchas
sus nobles hijos lograron
con tan veneranda enseña,
de las victorias el lauro.

Rabo de Gallo, objeto en todos los tiempos de la veneración de los xerezanos, y al cual se le otorgaron tales distinciones y preeminencias, que hasta los mismos Reyes Católicos le concedieron en 1485 la especial merced de salir solamente dicho *Rabo de Gallo con la ciudad en pleno*, pero no en contrario caso.

ROMANCE IX.

ALONSO FERNÁNDEZ DE MELGAREJO.[1]

(1408)

I.

Ganada bizarramente
por el cristiano heroísmo
la inexpugnable Zahara,
que en los elevados picos

(1) La familia á que pertenecia este xerezano, noble y distinguida en todo el reino, figura notablemente en toda la historia de Xerez hasta muy modernamente. Ya en la época de la conquista aparece *Pedro Melgar* como enviado de la ciudad á la corte para la instalación de los caballeros del feudo, y *Juana Melgar* su hermana ó hija, casada con Diego de Pavón, alcaide de la puerta del aceituno y progenitor de los Pavones xerezanos. En tiempos de Juan II, se distingue valerosamente Alonso Fernández de Melgarejo. Durante el siglo XV hallábase esta familia muy extendida en la población, figurando mucho *Melgarejo* entre los principales caballeros de la ciudad. Usan por armas una cruz dorada de Calatrava en campo rojo. (Parada, *Hombres ilustres*, pág. 288.)

Vése dicho escudo unido con el de los Morlas en la severa portada de la casa existente en la calle de San Juan, frente á la plazoleta de Melgarejo, y además en la clave del arco de ingreso de la capilla de Animas de San Lucas.

de la accidentada sierra
tiene sus cimientos fijos,
sin miedo á los vendavales
que la azotan de continuo,
ni del temporal medroso
á los salvajes bramidos,
fué enarbolado en sus torres
el regio pendón invicto
con las armas de Castilla
y el redentor crucifijo; (1)
que el Infante D. Fernando
con fervoroso *afán quiso*,
que en la ciudad conquistada
lucieran á un tiempo mismo,
con la castellana enseña
la santa enseña de Cristo.
Liberal y generoso
ordenó que á los vencidos
sin distinción ni reparos,
hombres, mujeres y niños,
se les dé escolta y bagaje,
poniéndolos en camino
de la población de Ronda,
en la cual seguro asilo

(1) «Rindióse el Castillo, y el Infante mandó á Lo»renzo Suárez de Figueroa á que lo recibiese en su »nombre: el cual puso un pendón con un *crucifijo*, que »el Infante le envió arbolado, en la torre del homenaje, »y debajo de él el pendón del Infante con las armas de »Castilla.» (P. Rallón, t.° III, pág. 15.)

y protección decidida
han de encontrar sin distingos,
puesto que en poder se encuentra
de los moros fronterizos.
Y en efecto, al sepultarse (1)
del sol los destellos tibios
en el apartado ocaso
entre celajes plomizos,
que melancólico aspecto
daban al fuerte castillo,
en interminable fila,
ellos y ellas confundidos,
mal cuidados y andrajosos,
mustios los rostros cetrinos,
la barba hundida en el pecho,
silenciosos y mohínos,
á descender comenzaron
por el angosto camino
que desde la fortaleza
por entre erizados riscos
y peñascales enormes
y profundos precipicios,
lleva á sendero intrincado,
que de la sierra al abrigo
corre y se pierde á lo lejos
entre jaras y lentiscos.

(1) El día 1.º de Octubre de 1407 abandonaron los moros á Zahara en número de 453 hombres y cantidades considerable de mujeres y niños.

Ya al pie de la abrupta sierra,
todos con ferviente ahínco
los tristes ojos tornaron
entre llantos y suspiros,
á dar el adiós postrero
al caliente hogar perdido.

II.

Fortaleza tan grandiosa
y en tan importante sitio
para abatir la soberbia
del musulmán enemigo,
dueño de la serranía
y sus extensos dominios,
desde Algeciras á Ronda
donde campa á su albedrío,
necesitaba un Alcaide
valeroso y aguerrido
que junto con su nobleza
fuera de su mando digno.
De todos los caballeros
que en la campaña consigo
lleva el castellano Infante,
descuella por lo atrevido
de sus valientes empresas
y por lo noble y altivo,
el bizarro MELGAREJO
cuyo militar prestigio
pregonan tales proezas
y lances tan inauditos,

que por burlas se tomaron
ó por relatos ridículos,
á no ser quienes los cuentan
de ellos veraces testigos.
El Infante D. Fernando
de tal verdad poseído,
en él fundó de su empresa
los elevados designios,
y le entregó la alcaidía
satisfecho y convencido,
de que noble de tal fuste
y guerrero de sus bríos,
ni desmaya en el combate
ni se arredra ante el peligro.
Y si con intento honrado
agregamos á lo dicho,
que por el solar paterno
iguala en lo exclarecido
á los más altos linajes
y demás radiante brillo;
realzando todo ello
sin vanidoso optimismo,
una cuantiosa fortuna
y un extenso señorío,
en el término enclavado
de Xerez, donde el castillo, (1)

(1) Duda D. Diego de Zúñiga en sus *Anales de Sevilla*, si *Alonso Fernández de Melgarejo* era 24 de aquella capital, ó si de Xerez; á lo cual contesta categóricamente nuestro Bartolomé Gutiérrez, año 1407: «este

anuncia la jerarquía
de su glorioso apellido,
tendremos que no hay Alcaide
ni más noble ni más digno
que FERNÁNDEZ MELGAREJO (1)
como guardador solícito
de la ingente fortaleza
de Zahara, que al impío
musulmán le arrebataron
los cristianos aguerridos,
en lucha donde se hicieron
de valor tales prodigios,
como nunca humanos ojos
con sorpresa hubieron visto.

»apellido de Melgarejo es propio xerezano, y permane-»ce la gran torre y fortaleza llamada de Malgarejo, »donde se ganó este apellido, por la conquista de esta »gran fortaleza y donde sobre la puerta de la entrada »de este castillo están las armas de los Melgarejos, y »yo puedo afirmar que lo era el referido propio de »Xerez.»

En el siguiente año, 1408, confirma su creencia Bartolomé Gutiérrez, de ser xerezano el dicho Melgarejo, citando su nombramiento de alcaide de Zahara, que hizo el Infante D. Fernando, por orden de D. Juan II y que aparece en el libro de Cabildo de Xerez en 1410, juntamente con una carta del Condestable de Castilla copiada en dicho libro: en ambos documentos se le reconoce como caballero xerezano.

(1) Dice á este propósito el P. Rallón en su *Historia de Xerez*, tomo III, pág. 15: «Encomendó el Infante D. Fernando la alcaidía de Zahara (3 Octubre de 1407) á Alonso Fernández de Melgarejo, caballero de Xerez, que por ser de la tierra y hombre caudaloso, y con lo que el Infante mandó dar y con lo suyo podía bien tener aquella villa á su servicio y del Rey.»

III.

Exaltado el sarraceno
hasta el loco desvarío
con la pérdida de Zahara,
traicionero y vengativo
por herencia y por costumbre,
ó acaso por propio instinto,
no cesaba de urdir tramas
en la sombra y con sigilo,
para que los vencedores
no reposasen tranquilos
y pagaran su despojo
estando en jaque continuo.
Mas no descansa el cristiano
en los laureles dormido,
que la guerra es su elemento,
el pelear es su oficio,
y si los dos le faltaran
con sus lances imprevistos,
sus vivas escaramuzas,
sus azares atractivos,
que tonifican los nervios
y llenan de regocijo
al espíritu más triste
y al cuerpo más abatido,
entonces, desesperado
por la fuerza del hastío,
acaso la misma vida
considerara un martirio.

Así, salidas frecuentes
hacen contra el enemigo,
cuyas rapaces algaras
é insaciables apetitos,
ni respetan los sembrados
ni del ganado el aprisco,
ni la vivienda del pobre
ni la casa de los ricos,
que igual invade la choza
que el lujoso caserío;
y si en sufiente número
se reunen impelidos
por la incitante codicia
ó por el odio bravío,
como bandada de buitres
ó turba de forajidos
intentan dar el asalto
por los peñascos graníticos,
á la ruda fortaleza,
cuyo murado recinto,
impasible á los ataques
y á los intentos malignos
del asalto por sorpresa,
le opone dique *fortísimo*,
y de sus tretas se burla
con mudo desdén olímpico.
De todas cuantas salidas
ofrecieron más peligro,
siempre de ellas MELGAREJO
fué su esforzado caudillo,

y de valor y bravura
tan altos portentos hizo, (1)
que no sólo del muslime
que corrió despavorido
huyendo de la matanza,
sino de los suyos mismos,
fué la admiración y asombro
en grado superlativo.
De ahí que su nombramiento
para Alcaide del castillo
y población de Zahara
fuera tan bien recibido,
no ya por el hondo espanto
que á los fieros berberiscos
produce con los efectos
de su probado heroísmo,
sino por la confianza
que su arrojo decidido
á los guerreros infunde
peleando á su servicio;
pues cuando en trances difíciles
contra los moros se han visto,
con su alentador empuje
y su inacabable brío,

(1) Alonso Fernández de Malgarejo, fué famoso guerreador en la misma época de los *cuatro Juanes*, y desde su Alcaidía de Zahara, fué el terror de los moros fronterizos de la serranía de Ronda, verificando contra ellos muy señaladas proezas. (Parada, *Hombres ilustres*, página 141.)

la disputada victoria
por completo han conseguido:
que mucho puede el ejemplo
cuando amenaza el peligro.

IV.

Noticioso Melgarejo
de los torpes latrocinios
que cerca de Grazalema,
cual feroces beduinos
cometen los musulmanes,
sin que puedan resistirlo
ni con súplicas y ruegos
el honrado campesino
ni de los pueblos cercanos
los temerosos vecinos,
ordenó que su teniente
Juan Rodríguez Vallecillo,
á reprimir se aprestase
atropellos tan inicuos,
que están reclamando á voces
pronto y ejemplar castigo.
Además, de la campiña
son los dueños exclusivos,
y en lo que no devastaron
al pasar, duros é impíos,
allí los ganados pacen
sosegados y tranquilos,
que al pastor arrebataron
como turba de bandidos;

y ¡ay! del que osado se atreva
á reclamar, que de fijo,
será por los malhechores
primero muerto que oído.
—Pues bien; todo ese ganado
por la rapiña adquirido,
hay que tomarlo por fuerza,
¿oís? el Alcaide dijo;
y si para rescatarlo
mi ayuda fuese preciso,
desde ahora cuente con ella
el teniente Vallecillo.—
Levantando éste los ojos
que tenía en el suelo fijos
mientras el Alcaide hablaba,
con un gesto afirmativo
contestó respetuoso
yendo á cumplir lo exigido.
Pasados unos momentos,
en el patio del castillo
y en direcciones diversas
se oyeron claros, distintos,
en algazara confusa,
muchos y varios ruídos,
ya el arrastrar de las lanzas
con estridente chirrido,
ya al remover las monturas
el choque de los estribos,
ya el patear del caballo
y su impaciente relincho,

ya de quien sube ó quien baja
los pasos firmes y vivos,
las voces de los que piden
algún objeto preciso,
y por último, el mandato
severo é imperativo
de ¡en marcha! ¡pronto!
con sequedad repetido.

El más profundo silencio
reinó después del bullicio,
y empezaron los jinetes
al mando de Vallecillo,
con seriedad mal fingida
y placer mal contenido,
á marchar uno tras otro
hacia el ferrado rastrillo,
y á descender comenzaron
prudentes y precavidos,
por lo áspero y pedregoso
del empinado camino.

V.

Aun bañaba el Occidente
el resplandor vespertino,
que pálido se asomaba
entre girones tupidos,
cuando recibió el Alcaide
un breve y urgente escrito
que apresurado le manda
su teniente Vallecillo.

Qué pueda decir, se ignora;
pero se sabe de fijo
que ha de ser cosa muy grave,
según lo duro y fruncido
que le ha puesto el entrecejo
al Alcaide del castillo;
hay además otro dato
comprobante y fidedigno
de la gravedad que encierra
el pliego que ha recibido,
y es que, alterado y nervioso
á su ballestero ha dicho:
—Los caballos y peones
estén todos pronto listos,
para partir enseguida
do se encuentra Vallecillo.—(1)
A la siguiente mañana
y en la mitad del camino,
el galopar escucharon,
lejano pero distinto
de numerosos corceles,
á juzgar por el bullicio;
y torciendo el derrotero
se emboscaron con sigilo
en una espesura agreste
de altos y copudos pinos.

(1) Aunque no hemos podido encontrar la fecha exacta de esta expedición, y por consiguiente la de la gloriosa hazaña que reseñamos en este Romance, puede asegurarse sin muy sensible error, que fué en los últimos dias de Febrero ó primeros de Marzo de 1408.

A poco, tropel cercano
y *confuso vocerío,*
de los que ocultos estaban
claro llegó á los oídos,
y observaron con asombro
á los nuestros perseguidos
y acosados por las tropas
del musulmán enemigo.
Cayendo los emboscados
sobre ellos de improviso,
se trabó tan fiera lucha
y horrible, desde el principio,
que el estridor de las armas,
los desaforados gritos
desesperados, *rabiosos,*
cual salvajes alaridos;
las blasfemias de los unos
por el tajo recibido,
las injurias de los otros
cegados y enfurecidos;
la general barahúnda,
el infernal laberinto
de golpes, acometidas,
de lamentos y gemidos
que angustiados se escapaban
del que rodaba vencido;
todo este fiero alboroto
sanguinario y terrorífico,
anonadaba, turbando
el ánimo y los sentidos;

y no es fácil se prolongue
ni fácil el resistirlo,
que aunque ha llegado el combate
hasta el brutal paroxismo,
son demasiado los muertos,
bastante más los heridos,
y muchos son los que huyen
por el terror impelidos,
gritando como dementes
presa de febril delirio.
Del heroico MELGAREJO
no han desmayado los bríos,
y la vengadora espada
que esgrime feroz y activo,
ni tiene un punto reposo
ni tajo con desperdicio.
Así, que su fuerte acero
tales miedos ha infundido,
que los muslimes, mermados
con muertos y fugitivos,
de impotente desaliento
dejan entrever los signos,
que en vano velar pretenden
con mal oculto artificio;
y aprovechando los nuestros
tan favorables indicios,
el último esfuerzo hacen,
y de *¡Santiago!* al grito
alzado por MELGAREJO,
rabiosos y enfurecidos

se arrojan como leones,
y dan sobre el enemigo
tan tremenda acometida
y golpe tan decisivo,
que al fin quedó el sarraceno
derrotado y sometido.

VI.

Está de fiesta Zahara,
todo en ella es regocijo;
pues la locuaz alegría
y el contento sugestivo,
rápidos como el incendio
todo el pueblo han invadido,
desde la choza del pobre
á la vivienda del rico;
y en el pecho zahareño
da el corazón tales brincos,
que en la garganta se ahoga
del loco entusiasmo el grito;
y hay quienes lloran de júbilo,
que también el llanto mismo
es en la explosión del gozo
un refrescante rocío.

Es causa de este contento
tan profundo cual justísimo,
el que su bizarro Alcaide
al musulmán ha vencido
en fiera sangrienta lucha,
y en triunfo lo han recibido

todos, pequeños y grandes,
con desbordado delirio.
Traen acémilas cargadas
del botín cuantioso y rico (1)
apresado á los infieles;
y los que hicieron cautivos,
como perros en traílla
amarrados han venido,
llenos de lodo y vergüenza
siendo del pueblo ludibrio,
que á su paso por las calles
los insultó enfurecido;
pues en ellos no veían
al humillado y vencido,
que deben mirar los ojos
piadosos y compasivos,
sino cual se mira siempre
al salvaje forajido
que se goza en la matanza
de seres inofensivos,
y en el robo y el pillaje
cifra su placer más íntimo.
Así el pueblo zahareño
obra con tales vencidos,

(1) Afirma el P. Rallón en su *Historia de Xerez*, que el botín apresado en esta memorable hazaña de *Fernández de Melgarejo*, «después que se vendió, montó cuarenta mil maravedis», tomo III, pág. 24. Traducida dicha suma á nuestra moneda actual, y tomando como tipo, no el Alfonsí de oro, maravedí equivalente á 50 reales, sino el pardo ó negro que valía 5 rs., da un total de 200.000 rs.

que no lástima merecen
sino desprecio y desvío,
por su villana *conducta*
y sus enormes delitos.
En cambio, con alma y vida,
gozoso y agradecido,
de FERNÁNDEZ MELGAREJO
xerezano nobilísimo
y bravo Alcaide de Zahara,
se celebra el heroísmo
con tan profunda alegría,
con entusiasmo tan vivo,
que si al pueblo le valiera
le alzaría como á un ídolo,
un trono donde alabanzas
le prodigara efusivo:
tanto por el nuevo triunfo
se siente de enardecido,
que al aclamar jubiloso
á MELGAREJO el invicto,
á la garganta le pide
sus más resonantes gritos,
y al corazón generoso
sus más ardientes latidos.

ROMANCE X.

FRANCISCO LÓPEZ DE GRAJALES [1]

BATALLA DEL RANCHO

(1425)

I

Era el turbio amanecer
de un lluvioso y triste día
del aterido Diciembre,
cuyas brumosas neblinas,
hielos, escarchas y lluvias
tan profuso nos envía,

(1) El apellido GRAJALES, de nobleza notoria entre los caballeros xerezanos, de que da fehaciente testimonio el cargo distinguido de *Alférez Mayor* que ostentaba el héroe de este Romance, ha llegado á nuestros días, aunque vinculado en familias humildes, á semejanza de otros ilustres apellidos como los *Gaticas*, *Mateos*, *Zarzanas*, *Amayas*, *Picazos*, etc. que por azares de la fortuna, descendieron del pináculo de la grandeza á las llanuras de la mediania, y á veces, hasta el rincón ignorado de lo plebeyo.

En el *Libro del Repartimiento* de casas (1266) aparece en la collación de San Marcos, *D. Lorendo de Grajales*, progenitor de los *Grajales* xerezanos.

que no ya al cuerpo entumecen
sino al ánimo contristan,
y buscan esparcimiento
á la pesada morriña
que persistente le agobia
con sus heladas caricias,
junto al encendido tronco
que en el ancho hogar crepita,
y con sus doradas ascuas
ardiente calor les brinda.
El año mil cuatrocientos
y veinticinco, corría,
entre disturbios y azares,
que tan torpe como altiva
provocaba de continuo
la desalmada morisma,
avivando así los odios
y la venenosa inquina
que fermenta en los cristianos
contra el infiel islamita.
Aún en el caliente lecho
con pereza sibarítica
los valientes xerezanos
se hallaban y rebullían,
cuando el repentino estruendo
que en direcciones distintas
las vocingleras campanas
clamorosas repetían,
del alarmante rebato
el són que los nervios crispa,

vino á turbar el reposo
las placenteras delicias,
alborotando la sangre
hace un momento tranquila.
Quién lanzándose del lecho
con rabia mal contenida,
pide á voces impaciente
de lo que ocurre noticias;
quién requiriendo las armas
busca la pronta salida
para matar al cobarde
que tal conflicto motiva;
unos corren hacia abajo,
otros cruzan calle arriba
azorados y confusos,
sólo las frases precisas
entre sí todos cambiando:
que el momento se aproxima
de disponerse á la marcha
contra las tropas muslímicas,
que dentro del territorio
de nuestra hermosa campiña
aseguran que se hallan
cometiendo fechorías,
que enrojecen de vergüenza
y el bélico honor lastiman
de los bizarros guerreros
que cuenta Xerez la invicta.
Por eso van abstraídos
todos, y apenas se miran,

y marchan acelerados
á disponer la salida;
pues no cesan las campanas
de tocar á toda prisa
á rebato; grave asunto,
ciertamente se avecina.

II.

A la celebrada *Puerta*
del Real, se halla contigua
una *Plaza tan hermosa*
y del pueblo tan querida
por lo famoso del hecho (1)
que le dió el nombre de pila
del Arenal, que es el sitio,
desde fecha bien antigua,
donde las lidias y justas,
cañas, torneos y alcancías,
y otros militares juegos
de destreza y bizarría,
en ella con regocijo
del pueblo, se realizan.
Por ello, cuando una gloria
de Xerez se solemniza

(1) De la palabra latina *arenarium, lugar de combate*, viene el nombre de nuestra popular Plaza, que fué motivado por la lucha en ella sostenida, entre Ruy Páez de Biedma y Payo Rodríguez Dávila.

Esta lucha duró tres días, ante el Rey D. Alonso XI (1343) que dió por buenos caballeros á sus valientes sostenedores.

ó algún acontecimiento
de popular nombradía,
y un lugar holgado y amplio
para su fin necesitan,
no es extraño que concordes
esta hermosa *Plaza* elijan.

Por cuyo motivo, ha rato
se agolpa, empuja y apiña
una multitud inquieta,
que con su escozor aguija
la curiosidad picante,
más pesada si es más viva.

Esta vez, no es infundada
ni de razón desprovista,
la que al ánimo de todos
mueve y ardoroso escita,
que aún el toque de rebato
suena y en los aires vibra,
con su clamor alarmante
y su anuncio de desdichas,
que pavorosas se ciernen
y amenazadoras gritan,
que el peligro se halla cerca
y es la defensa precisa.

De repente en el gentío
un movimiento se inicia;
comienzan las apreturas
y los codazos principian;
unidos á las palabras
insultantes y agresivas

de quien se siente pisado
y á veces de aquél que pisa.
Por entre la muchedumbre
en la *Plaza* reunida,
se abre paso á duras penas
deslumbrante comitiva
de gallardos caballeros,
que la multitud admira
y enardecida la aclama
con sus frenéticos vivas.
Montan soberbios corceles
que con inquietud relinchan,
dominando su impaciencia
las bien acortadas bridas.
Armados de todas armas
que á Marte dieran envidia,
van los nobles xerezanos,
á los cuales acaudilla
FRANCISCO LÓPEZ GRAJALES,
quien lleva la patria insignia
de Xerez, en su Pendón, (1)
prenda de gloriosa estima.

(1) En los primeros tiempos de la reconquista llevaba el Pendón, en las salidas contra los enemigos, el *Alcaide de la Cárcel*, puesto conferido siempre á persona de alta nobleza. Más tarde, se nombró un *Alférez mayor* comisionado de llevar la veneranda insignia: el cargo importante de *Capitán á guerra* lo desempeñaba el Alcaide mayor del Alcázar.

Más tarde, en 13 de Mayo de 1617, expidió Felipe III una R. C. confirmando las preeminencias del cargo de Alférez Mayor, añadiendo, que además de llevar en

Mas ya da el clarín sonoro
la señal de la partida,
y entre el murmullo del pueblo
que pesaroso se agita,
la solemne marcha empieza
de la brillante milicia,
que va á castigar la audacia
é inconcebible osadía
del torpe Alcaide de Ronda
Abdalá, que en la campiña
de Xerez se ha introducido
haciendo mil tropelías.

III.

Suspensas al fin las treguas
que el monarca de Castilla
concediera al de Granada,
en uso de su legítima
autoridad, nombró éste,
para regir la Alcaidía
de la población de Ronda
tan importante cual rica,
á Abdalá Granatexí,
moro de prosapia altiva,
si por su valor temible
mucho más por su osadía.

---

combates y procesiones el pendón de la Ciudad, pudiera entrar con espada y daga en Cabildo, ser el primer voto en las deliberaciones del Concejo y sentarse al lado derecho de la Justicia.

(Actas Capitulares de 6 Octubre de 1617.)

Queriendo dar una muestra
de su probada pericia
en los lances belicosos,
Abdalá, dispuso un día
que le siguieran sus tropas
bien armadas y provistas,
con el propósito firme
de hacer una correría
por territorio de Arcos;
y aun tentaba su codicia
pisar de Xerez, triunfante,
la ponderada campiña.
Consiguió en tierras de Arcos
dar varias acometidas,
con satisfactorio éxito
y hasta se dice y afirma
que rico botín de guerra
premió su ciega avaricia.
Pero al hollar victorioso
la xerezana campiña,
no le siguió la fortuna
siendo tan fiel y propicia;
pues cuando al primer embate
resuelto se disponía,
á las huestes xerezanas
con gran sorpresa divisa,
que llegan y se sitúan
al pie de agreste colina,
donde á sangriento combate
al osado moro citan.

Convencido de ello Abdalá
y la intención comprendida
del descanso en aquel sitio,
ordena con energía
y decisión á los suyos,
que sin vacilar le sigan
sus valerosos jinetes,
que importa darle cumplidas
pruebas de valor y arrojo
á la cristiana milicia.
Dijo, y con ambas espuelas
á su hermosa yegua pica,
y echó camino adelante
hacia la agreste colina,
en donde á obligada lucha
los xerezanos le invitan.
Atrás, deja atrincherada
de un alto cerro en la cima
con el botín apresado,
sus fuerzas de infantería;
que para alcanzar el triunfo
sobre esta gente enemiga,
sus peones, aunque bravos,
para nada necesita.

IV.

Apenas los xerezanos,
que no quitaban la vista
del cerro donde se hallaba
la despreciable morisma,

vieron descender á escape (1)
toda su caballería,
un grupo de cien jinetes
se adelantó á toda prisa,
y por su Alférez mandados
con el Pendón por divisa,
les salieron al encuentro
y dió comienzo la liza
junto á un arroyo salado,
que turbio corre entre guijas.
Alonso López Tocino
con sin igual valentía
á un rudo bote de lanza
al primer moro derriba,
que sobre el fangoso suelo
inerte queda sin vida.
La batalla ha comenzado
con fiera carnicería,
y á las lanzas de los nuestros
responden con bizarría
los agarenos alfanjes,
que desgarran y acribillan
y desolación y muerte
siembran cual las lanzas mismas.
Es espantoso el barullo,
infernal la gritería;

(1) Los primeros que descubrieron los moros fueron Pedro Aguilocho y García Viqu (Bartolomé Gutiérrez, Historia de Xerez p. 273.)

aturden las amenazas;
las blasfemias horrorizan,
y el chocar de los aceros
que al cortar el aire silban,
no sólo consterna el ánimo
sino que los nervios crispa.
Sigue la horrible matanza
con creciente rebeldía,
los xerezanos resisten
los golpes del islamita,
que furibundos asestan
con ferocidad bravía,
esperando, pero en balde,
que se cansen ó se rindan,
pues antes dará el cristiano
si las tuviera, cien vidas.
Viendo que inútiles eran
sus rabiosas embestidas,
y que aumentaban los claros
de las agarenas filas,
ya con los que desertaran
ó ya con las muchas víctimas,
y al mirar que el desaliento
se les iba echando encima,
juzgaron apelar todos
á la vergonzosa huída,
antes que dejar cobardes
que el cristiano los extinga.
Hacia el eminente cerro
do quedó su infantería,

por vericuetos y sendas
con rapidez ascendían,
en los caballos muy pocos
y andando los demás iban,
de la *acelerada marcha*
soportando las fatigas.
En el brumoso Occidente
mortecino el sol se hundía,
bañando su luz postrera
á las musulmanas víctimas,
y á poco su negro manto
tendió la noche sombría.

V.

Humillados y corridos
con la sangrienta batida
que las xerezanas tropas
les dieron con bizarría,
llegaron del alto cerro
á la prominente cima,
mal parados y *mohínos*;
lamentando las heridas
que llevan, y no en el cuerpo,
sino en la soberbia altiva;
aquéllas sanan; mas éstas,
ni se curan ni aun se alivian.
El contrariado Abdalá
ordena á la infantería
con ademán imperioso,
que sin descanso, enseguida,

se refuercen las trincheras,
que en el venidero día
han de saber los cristianos
cuanto vale el islamita.
Gruesos troncos de alcornoques
y de robustas encinas
cortó con ágil destreza,
y diligente y activa
dejó durante la noche
las fuertes trincheras listas.
El cristiano campamento
aspecto triste ofrecía
con los muertos insepultos
del húmedo suelo encima,
muchos de ellos empuñando
las armas en sangre tintas,
y casi todos estaban
acribillados de heridas.
Cuando lució en el Oriente
la claridad matutina,
ya los bravos xerezanos
á marchar se disponían,
y en busca de los infieles
echaron camino arriba;
pues saben que atrincherados
y en actitud agresiva,
de los cristianos aguardan
la primer acometida.
Los jinetes delanteros
con satisfacción divisan

sobre un alto cerro, el *Rancho*, (1)
que les *sirve de guarida*
y de fortaleza á un tiempo,
inexpugnable y altísima.
Los xerezanos, entonces,
del enemigo á la vista,
juraron de una manera
valerosa y solemnísima,
morir ó luchar venciendo
á la villana *morisma.*
Y aguijando á sus corceles
buscaron fácil subida,
y en un instante se hallaron
del abrupto cerro encima.
Llegar y empezar la lucha
todo fué una cosa misma,
y como lobos hambrientos,
tan fieras *acometidas*
de parte *á parte se daban,*
y tanto se repetían,
que las dos huestes rivales
juntamente, parecía,
que en un montón de despjos
iban á *ser convertidas.*

(1) Una de las acepciones de *Rancho*, es la que lo considera como sitio de reunión ó agrupación familiar, donde se juntan varios individuos con un fin determinado. En esta acepción se toma en el presente relato histórico, uno de los más gloriosos hechos realizados por nuestros heroicos antecesores.

Y ni los unos aflojan
ni los otros se retiran;
por el contrario, se aumentan,
las brutales embestidas,
de modo, que es imposible
por mucho más tiempo sigan,
pues no hay armas para tanto
ni cuerpos que no se rindan.
En los más rudos ataques
de batalla tan reñida,
hicieron los xerezanos
prodigios de valentía;
pero entre todos, GRAJALES,
fué acabada maravilla;
pues llevando como Alférez
de Xerez la patria insignia,
por defenderla, su espada,
con tal cólera esgrimía,
que á cada certero golpe
rodaba un infiel sin vida.
Asaltado el baluarte,
de las trincheras fortísimas;
deshecho, además, el *Rancho*,
refugio de la morisma;
desconcertadas sus fuerzas,
que el desaliento aniquila,
decidieron pactar paces,
mas respetando las vidas.
Bajo tales condiciones
por el honor garantidas,

se rindió el fiero Abdalá
de manera decisiva
á los nobles caballeros,
hijos de Xerez la invicta. (1)

VI.

Nunca fué más visitada
ni se vió más concurrida
por gente de todas clases,
sexos y categorías,
que en esta fecha lo fué,
según la Crónica afirma,
del Arenal la gran plaza,
en Xerez lugar de cita
y mentidero sabroso
de baja chismografía.
En los compactos corrillos
do los curiosos se apiñan,
se oyen tales comentarios
entre la gente sencilla,
que si unos al llanto mueven
otros provocan la risa.
Dicen que los caballeros
que GRAJALES acaudilla,
han hecho tales proezas
y estupendas maravillas,

(1) Según afirma Bartolomé Gutiérrez en su *Año Xericiense*, se dió la memorable batalla del *Rancho*, el día 20 de Diciembre de 1425.

que á las famosas del Cid
con su resplandor eclipsan;
que á un jeque, con los soldados
que lleva en su compañía,
más bravos y más feroces
quizás que las fieras mismas,
han arrollado y vencido
con tan grande valentía,
que asombrados y confusos
al contemplarse en tal guisa,
se rindieron suplicantes,
á condición que las vidas
les perdonasen benévolos
como prueba de hidalguía.

Que hacia Xerez con presteza
unos y otros se encaminan,
atada codo con codo
la gente que está cautiva;
que es el botín apresado,
de armas y caballerías,
y otra porción de riquezas
sorprendentes y exquisitas.

Esto en corrillos diversos
se comentaba y decía,
á tiempo que en remolinos
la gente se revolvía,
y fuertes exclamaciones,
nutridos y ardientes vivas
prolongados, resonantes,
entusiasta repetía.

Y era que *en la Plaza* entraba
numerosa comitiva
de gente á pie y á caballo,
que arrogante conducía
FRANCISCO LÓPEZ GRAJALES,
con el Pendón por divisa,
que ennoblecido y glorioso
á la ciudad devolvía.
Moros atados y sueltos
en primer lugar venían,
considerables en número
y diversas jerarquías.
Después, agobiados, mustios,
en una mula caminan (1)

(1) Dice á este propósito el P. Martin de Roa: «Fueron tantos en número con los cautivos, que llegando los primeros á la iglesia, los otros quedaban »en la torrecilla de los olivares. Entraron á mula el »moro Alcaide con su sobrino: los cuales se remitieron »al rey D. Juan, habiéndoles él pedido por una su real »cédula fecha en Toro á 16 de Febrero de 1427.» Nuestro erudito analista Bartolomé Gutiérrez, trae copia de dicho documento y datos curiosos sobre el mismo asunto en el año anterior de 1427.

En su admirable *Discurso sobre las Historias y los Historiadores de Xerez*, dice refiriéndose á este hecho el Sr. Bertemati, tomándolo de las crónicas locales: «Los primeros cautivos llegaron al arenalejo de *Santiago*, y aun no habían salido los últimos de *los olivares de la Torrecilla*.

Aparte la inversión de la frase última, esta noticia viene á robustecer la creencia de que fueron los xerezanos victoriosos á dar gracias á *Santiago* y no á San Dionisio ó á la iglesia Mayor como algunos pretenden.

Más conforme con la verdad histórica, resulta la versión siguiente del P. Rahón: «pararon en la torrecilla

Abdalá Granatexí,
el Alcaide de altas ínfulas,
junto á su sobrino Ahmed,
que en su ambición desmedida
pretendieron insensatos
dominar nuestra campiña.
Más detrás, los caballeros
en larga apretada fila,
de satisfacción henchidos;
y el final lo componían
los caballos sin jinetes,
mas con monturas moriscas,
y acémilas bien cargadas
de objetos, armas distintas,
y envoltorios, que se ignora
lo que dentro traerían.
Del Apóstol Santiago
marchan á la Real Capilla (1)

---

de los olivares, que hoy llaman de el *Tinte*, y dispusieron su entrada á modo de triunfo; los cautivos moros iban de dos en dos, atados, y cuando los primeros llegaban á la *Puerta de el Real*, aún no habian acabado de salir de la *torrecilla*.»

(Historia de Xerez tomo III. pág. 63.)

(1) El primitivo templo de Santiago, que fué sólo una capilla adosada á la ermita de Nuestra Señora de la Paz, lo fundó Alonso el Sabio en memoria de la célebre batalla dada por su padre S. Fernando, en las cercanías de Xerez, y en la cual se le apareció el santo Apóstol.

El templo actual debió fundarse en el último tercio del siglo XV.

á prosternarse y dar gracias
por su intervención divina,
en el triunfo conseguido
sobre el odioso islamita.

AL PENDÓN XEREZANO [1]

I

¡Miradle ahí! descolorido y mustio,
de recosidos desgarrones lleno
semejando rugosas cicatrices
de sangrientas heridas, que el acero
del musulmán en fragorosa lucha
abrió de odios y rencores ciego.
¡Miradle! es el Pendón, noble y glorioso,
de nuestro invicto xerezano suelo,
la enseña veneranda, el alto emblema,
que aunque raído, desgarrado y viejo,
es del honor el arca bendecida,
del heroísmo el testimonio cierto,

---

(1) Después de terminado el anterior, humildísimo homenaje á esta ciudad ilustre, paréceme oportuno y aun indispensable complemento del mismo, la invocación adjunta al venerable *Pendón Xerezano*, suma y compendio de las cívicas virtudes de nuestros progenitores.

No es el aspecto histórico ni el mérito arqueológico de la gloriosa enseña, los que encienden en mi espíritu ese ardoroso deseo, sino el sagrado afecto que simboliza; el amor filial y reverente hacia el patrio suelo, al que todos sus hijos debemos gratitud eterna y la consagración de nuestra propia vida.

¡Ojalá y sean estos pobres cantos tan merecedores de conseguir el fin propuesto, como grande es el entusiasmo que los dicta!

del entusiasmo alentador fogoso
y de la ardiente fe santo amuleto;
¡es el amor sagrado de la patria,
la patria misma, la que en ese lienzo
arrebatado por piadosas manos
á la acción destructora de los tiempos
vive y palpita vigorosa y joven,
abrasando la sangre con el fuego
que á raudales dejara entre sus pliegues,
de nuestros padres el heroico esfuerzo!

II.

Con devoción solemne, el pueblo todo,
el infulado noble y el plebeyo
juntos se apresuraban impacientes
de amor henchido el generoso pecho,
á ver la entrega del Pendón glorioso,
si el enemigo amenazaba inquieto
la paz del territorio y la familia;
el acendrado honor, Xerez entero
con todas sus hazañas inmortales,
con sus tesoros de valor sin cuento,
sus grandezas, su historia, que abrillantan
la fiera abnegación de sus guerreros;
eso entregaban al bizarro Alférez
al confiarle el venerado lienzo;
¡el símbolo sagrado de la patria
con su grandeza y esplendor excelso!
Y alzando preces, y fervientes votos
y promesas innúmeras haciendo,

porque al hogar volviera victoriosa
sin sombra de humillante vilipendio,
daban su adiós á la gloriosa enseña
guardadora del patrio sentimiento;
adiós en que exhalaban su alma toda
sin bajos ni mezquinos regateos;
mas conservando persistente y fijo
en el honor sin mancha el pensamiento.

III.

Noticioso del triunfo conquistado
por el valor heroico de los nuestros,
ebrios de gozo, á la anchurosa plaza,
confundidos magnates y pecheros
en unión fraternal y cariñosa,
al calor de esos hondos sentimientos,
que engendran los amores de la patria,
todos volaban con vehemente empeño
á recibir la triunfadora enseña
con aplausos y vítores frenéticos,
y cual reliquia santa, la cubrían
de lágrimas ardientes y de besos;
que jamás ni vencidos ni humillados
los xerezanos ínclitos se vieron,
si en Dios y en su Pendón, enardecidos,
el fervoroso corazón pusieron.

Díganlo las innúmeras batallas
en que probaron su marcial denuedo,
la intrepidez de su valiente arrojo
y la fuerza indomable de su acero.

Testigos son *Matanza, Matanzuela;*
de *Aben-Yussuf* el memorable *cerco:*
Tempul, Redira, Valhermoso, El Rancho:
y cien y cien combates, que soberbios,
provocaron los hijos del Profeta
para morir con deshonor en ellos.
Siempre los valerosos xerezanos
del triunfo los laureles obtuvieron,
y á muchos de sus héroes, los Monarcas,
de su valor inconcebible en premio,
le otorgaron justísimas mercedes
y honrosísimos nobles privilegios,
perdurable memoria conquistando
en las Historias á través del tiempo.

IV.

Sírvale al corazón adormecido
ó en las cadenas de la incuria preso,
de estímulo á su torpe indiferencia
de nuestra enseña patria los recuerdos,
que llena con los vivos esplendores
de sus gloriosos y abnegados hechos,
los inmortales fastos de la Historia;
sacuda con enérgico ardimiento
la postración que su existencia abate,
y entonces, vigorosas resurgiendo
nuestras virtudes cívicas; brotando
como la planta del fecundo suelo,
frutos dará de tan preciado aroma
y de exquisito, material provecho,

que aunque distintos, compararse puedan
á los maravillosos de otros tiempos.
Ayer domó el acero al enemigo;
hoy hace esclavo al indomable acero
el inflexible brazo de la Industria,
palanca poderosa del progreso;
ayer los triunfos, en hirviente sangre
tuvieron que anegar para obtenerlos;
hoy se obtienen conquistas prodigiosas
con la eficiente luz del pensamiento:
en la candente arena, ayer lucía
su valor y destreza el caballero;
hoy al sabio le basta el gabinete
para crear insólitos portentos.
Todo ha cambiado débil y mudable
en la continua sucesión del tiempo;
todo; pero el amor al suelo patrio,
ese amor vehementísimo hacia el suelo
donde vimos la luz por vez primera
y pasó sin cuidados ni recelos
nuestra niñez alegre y candorosa
con regocijo halagador y tierno;
ese suelo que guarda las cenizas
de los seres queridos, que nos dieron
la suya propia al darnos la existencia
con santo y liberal desprendimiento;
ese suelo adorado que el proscripto
desde lejanas tierras besa en sueños,
ese, es el mismo en los presentes días
que en los pasados y remotos tiempos.

Por ello ese Pendón que al aire ondea,
aunque raído, desmedrado y viejo,
símbolo de la patria bendecida
que guardará piadosa nuestros huesos,
si es que al oirnos la voluble suerte
los deposita en su amoroso seno,
debe ser el que próvido cobije
con entrañable paternal desvelo,
de nuestras esperanzas el tesoro,
la vaga realidad de nuestros sueños,
la inquebrantable fe que nos legaron
y el amor entusiasta hacia este suelo,
tanto en el esplendor de la fortuna
como en las negras brumas de lo adverso.
¡Salud emblema santo de la patria!
¡Salud glorioso, venerando lienzo
de nuestros padres venturosa egida
y de su culto reverente objeto;
haz que se encienda la ardorosa llama
del patriotismo en nuestro tibio pecho,
y ser podamos dignos de su nombre
y á tí cual te mereces te ensalcemos!

FIN.

Indice.

	Páginas.
Dedicatoria	5
Prólogo	15
Resumen histórico.	19
Fortún de Torres.	41
Garci-Gómez Carrillo.	51
Fernán Alfonso de Mendoza . . .	63
Domingo Mateo de Amaya	85
Garci-Pérez de Burgos.	103
Fernán Núñez de Avila.	119
Diego Fernández de Herrera. . . .	137
Aparicio Gaitán	155
Alonso Fernández de Melgarejo . .	173
Francisco López de Grajales . . .	191
Al Pendón Xerezano	211

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Preceptiva literaria ò Retórica y Poética.

Rosa; leyenda en verso.

Esbozos; ensayos literarios en prosa.

Aurora y Ocaso; ensayos literarios en verso.

Consideraciones sobre el Renacimiento; discurso leído en la extinguida Academia de Derecho, de esta ciudad.

Decadencia del Teatro moderno; memoria leída en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Jerez.

Nuevos ensayos literarios en prosa; (en preparación.)